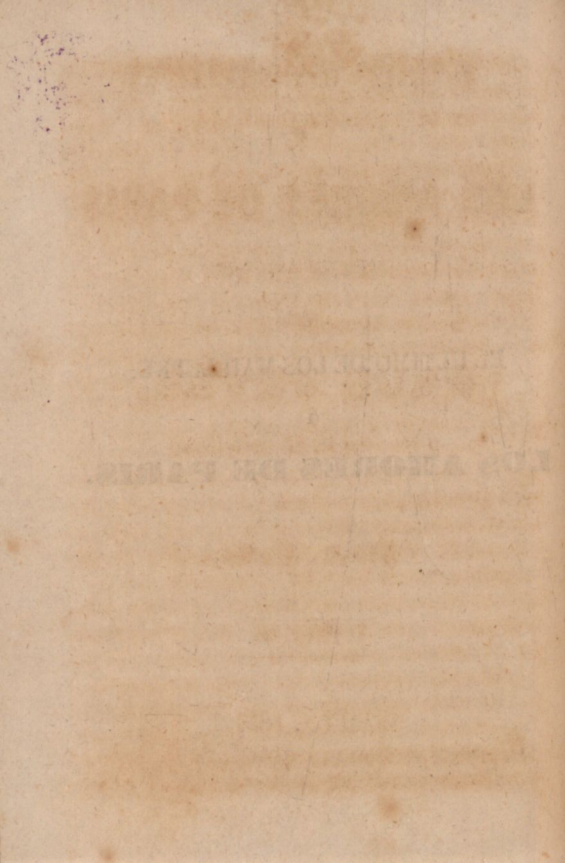


EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

ó

LOS AMORES DE PARIS.



EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,



ó

LOS AMORES DE PARIS;

novela escrita en francés

POR

PAUL FEVAL,

y traducida al castellano

POR

D. A. C. G.

TOMO V.

SEVILLA: 1854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

LOS AMORES DE PARIS

PAUL FENEL

MDCCCXXI

TOMO VII

SEVENA 1821

VI.

Por hacer fortuna.

—Diputado, repitió el diplomático; qué loco soy!... hay momentos en que valgo menos que un colegial lloron!... diputado!... Sí, sí!... La cámara! este es el gran camino; es preciso llegar á él..... Qué importa lo demás!...

—Eso es conforme las ideas de cada uno, dijo el procurador; hay hombres para quienes lo demás es el todo.

—Los imbéciles!... Oh! soy desgraciado, y esta es la causa de que yo me pare en tales niñerías... La necesidad empalaga y desazona... Cuando un hombre anda corriendo sin cesar tras de algunos miserables luises,

desea y busca el reposo; llega á verse tan infeliz que le encuentra casi al lado de su mujer... Eh! yo lo comprendo bien! El amor es el yermo de los pobres! Tenga yo lujo, poder, y me burlaré de mis estúpidas flaquezas... me compadeceré de mí mismo... Dios me perdone, pero si no se sacude uno á tiempo, llegará á merecer el epitafio del especiero del rincon: «Buen esposo, buen padre, &c.»

Duchesnel, al hablar de este modo, daba cierto aire de volubilidad á sus palabras. Se hubiera dicho que deseaba aturdirse á sí mismo.

El procurador daba vueltas á sus pulgares mirando al techo con una sonrisa imbecil.

—Diputado! repuso Duchesnel; esto bien vale por cierto un pequeño sacrificio!... Ah! tú verás, Durandin, tú verás lo que yo hago con mi voto!... Jamás suplicaré; mandaré, ordenaré siempre!... Me haré temer para que me halaguen.... Usaré de rodeos hábiles, circunloquios... me enojaré tambien, haciéndome el interesante, el hombre necesario... El todo por el todo! Yo valúo mi voto, vive Dios! en cien mil libras de renta!

—Esto es demasiado...

—Eso no vale para nada!... Pensiones, destinos, y ese sin número de utilidades

sin nombre que se quedan entre las manos... Oh! cuando yo hablo de cien mil francos, es que necesito cincuenta mil escudos!

—Y yo? preguntó friamente el procurador.

—Tú?... Yo haré que se concedan pensiones á tus sobrinos.

—No tengo sobrinos.

—Obtendré estanquillos.

—No tengo primas.

—La cruz de honor...

—Ese será el premio de mi pasante.

—Un destino...

—Varios destinos...

—Todos cuantos quieras!

—Y el quince por ciento de las utilidades parlamentarias.

Duchesnel vaciló.

—Ese es asunto que debe discutirse despacio, dijo el diplomático.

—Tú tendrás tus libros de partida doble, mi buen Leon... ¡Hay otros comercios mas complicados que el de los votos electorales!

—Pues bien; sea! repuso Duchesnel.

Durandin se levantó.

—Toca esos cinco! dijo el procurador apretando la mano del diplomático; mañana te

presentaré á M. Polypo.

Carlota esperaba sentada todavía junto á la ventana.

Un beso de Duchesnel la distrajo de su enagenamiento.

—Cuánto habeis tardado, Leon! dijo ella.

—No debeis acusarme, respondió Duchesnel sonriendo, me ocupaba de vos...



VII.

Duque y Duquesa.

Habitaba M. el Duque de Compans como hemos dicho ya, el pequeño palacio de Maillepré, edificado por el Duque Raul en el reinado de Luis XV, y situado en el arrabal de *Saint-Honoré*.

A la misma hora en que M. Williams hojeaba en el *Marais* las páginas del Código civil, M. el Duque de Compans-Maillepré, empotrado en una mullida y cómoda poltrona al lado de una chimenea adornada con esculturas del tiempo del rey que rabió, se entregaba á la misma ocupacion.

Y vaya una singular coincidencia! por el título De los Ausentes, era precisamente por donde estaba abierto el Código civil de M. el Duque de Compans-Maillepré.

A una esquina del bufete de M. el Duque, veíase un escrito entensísimo en que se daba por el tribunal del Sena el auto de posesion definitiva de la sucesion de Maillepré.

De suerte que M. el Duque y M. Williams se encontraban en el mismo punto de manera absoluta.

Solamente que, si los dos se ocupaban del mismo negocio, nolo hacian ambos con el mismo fin.

A una mesita colocada en el alfeizar de una ventana estaba sentado un hombrecillo de mediana edad, mediocalvo, de mejillas verdosas, nariz encarnada; boca hundida y entreabierta por una sonrisa degradada, y ojos hundidos y desconfiados que dirijian furtivamente miradas de gato. Aquel hombre estaba en una actitud humilde pero pedantesca al mismo tiempo. Se hubiera dicho que era un dómine que acababa de recibir el azote.

Aquel personaje, que vivia hacia algun tiempo en la misma casa del Duque, llenaba las funciones de que M. Burot tenia solamente el título. Era el verdadero secretario. Esto no impedia que el dicho personaje se halla-

ra bajo la inmensa direccion de M. Burot, su verdadero patron, que le trataba sin ceremonia, y que no guardaba la menor consideracion á su trage negro ya raído, ni á sus modales, ni á los giros de su clásica conversacion, ni á su fisionomia de fámulo exonerado. Representaba de treinta y cinco á cuarenta años, y afectaba en sus movimientos una lentitud circumspecta.

M. el Duque habia envejecido considerablemente. Las arrugas de su frente se habian aumentado de una manera desmesurada, y otras muchas arrugas habian arado sus mejillas á lo largo de la nariz, y á los extremos de la boca. Sus facciones fuertemente pronunciadas, y cuyo tipo parecia haberse hecho para expresar la energía de una inflexible voluntad, se habian como borrado y confundido en cierto modo.

En aquella hora, en que el artificio cotidiano no habia probado aun á cubrir las señales harto visibles de una precoz decrepitud, se hubiera tomado de seguro al Duque por un anciano.

Aparecian en sus mejillas amarillas algunas manchas lívidas; una tinta aplomada se extendia mate sobre su cráneo desprovisto enteramente de cabellos. Los nervios de su rostro se agitaban con frecuencia en estremecimien-

tos dolorosos.

Su talla alta y vigorosa estaba inclinada hasta el extremo de aparecer pobre y mezquina: sus manos velludas, en las que brillaban algunos anillos, presentaban una palidez enfermiza; toda su persona, en una palabra, ofrecia un aspecto débil y dolorido que contrastaba de un modo singular con la robustez vigorosa de sus hombros.

No podia ser la edad la que echaba un peso tan cruel sobre aquella fuerte constitucion. Solo siete años nos separan de aquella noche en que tuvimos ocasion de admirar su vigor casi atlético en las galerías del *Palais-Royal*. Era preciso suponer, para explicar aquella rápida decadencia, ó una cruel y lenta enfermedad, ó los tormentos prolongados de un suplicio moral.

Para el mundo, por otra parte, no era este cambio tan sensible, no era tan completo ni con mucho. El mundo no veia jamás á M. el Duque de Compans en deshabilé.

A la hora del medio dia, tiraba lejos de sí su traje de casa, y se ponía en manos de un peluquero, que le rehacia un semblante de hombre, coronado de magníficos cabellos negros. Esta operacion duraba muchísimo tiempo; costaba muchísimo trabajo. Despues del peinado, el Duque de Compans se entregaba en las

manos de su ayuda de cámara, artista hábil y consumado que sabia transformar aquel taller desorganizado ya, dando turgente amplitud á las paredes de aquel pecho hundido y descompuesto. Esta segunda operacion duraba tambien muchísimo tiempo, porque M. el Duque de Compans tenia un repuesto de trapos y alfileres mas complicado que el de una coqueta de cuarenta años en actual servicio. Pero al fin el tiempo que se emplea bien no debe contarse como perdido. Con la ayuda de aquellos prudentes cuidados, M. el Duque á la hora de comer podia ya pasar para los miopes por un hombre de cincuenta años, bien conservado todavia, y capaz de agradar con su peluca organizada segun todas las reglas del arte.

Este pensamiento adormecia en cierto modo el aguijon de su amor propio, al representar su papel de seductor perezoso.

Nosotros llamamos seductores perezosos á esos Lovelaces que ocupan una jauria y algunos ojeadores á caballo, para cazar el ciervo que otros persiguen á pié, sin cuernos ni griteria, y todo lo mas callandito que les es posible.

M. el Duque de Compans era un terrible cazador. Burot tenia todas las cualidades de un buen sahueso. Entrambos, ayudándose reci-

procamente, habian hecho notabilísimas hazañas.

M. el Duque no parecia aquel dia, de ninguna manera dispuesto á emplearse en frivolidades amorosas. Presentaba sin reparar en ello, en toda su épica fealdad, el hastío displicente, desalentado, amargo, degradado, y repugnante de un viejo sátiro, fatigado por el placer. Mostrábase tal como era realmente, edificio ruinoso y vacilante, resto caduco de un sér humano al que faltaba esa hermosa aureola que estiende el respeto y la veneracion alrededor de los ancianos, y de todas las cosas antiguas.

Seguia el testo de la ley con una espresion marcadísimá de interés, y levantaba el Código de vez en cuando para aproximar las letras á sus ojos hundidos y cansados.

—Todo está elaro como la luz del dia, dijo al fin; lo he leído cien veces, pero nunca acaba uno de penetrarse bien de su espíritu... Dentro de quince dias se habrán cumplido los treinta años... Todo estará concluido para entonces... Señor Denisart!

El hombre que estaba sentado junto al alfeizar de la ventana levantose haciendo un saludo respetuoso.

Ah! era Denisart en cuerpo y alma! El filósofo puro, el escritor generoso que habia to-

mado sobre sí la alta misión de partir con los panaderos el último sueldo de la miseria, había descendido hasta aquel punto! El futuro redactor en jefe del Proletario servía á un aristócrata, ó servía mas bien al criado de un aristócrata!... porque M. Denisart estaba bajo las órdenes de M. Burot!

Ah! Pero vosotros lo sabeis tan bien como yo. Siempre sucede lo mismo. El primero que trató de asegurar las propiedades contra los incendios murió en el hospital; el que inventó los ómnibus no tuvo tampoco un fin mas envidiable. Todo gran pensamiento dá la muerte á su autor, y redundá despues en provecho de una falange de especuladores en baja escala.

Quién se atrevería á decir que el pensamiento de Denisart no ha producido á estas horas muchos millones de francos?...

Ese pensamiento ha sido explotado en todas sus fases diferentes. Oh! que no nos sea lícito llamar áquellas cosas por su verdadero nombre!...

Se le ha explotado industrialmente, hasta convertirle en instrumento de muchos asesinatos; considerado filantrópicamente, ha producido resultados que traspasan los límites de la comedia mas atrevida y fantástica; literariamente ha amontonado el fango sobre la ig-

nominia, tanto fango sobre tanta ignominia, que ha llegado á erigirse un pedestal digno de sí, en que la muchedumbre pasmada le ve entronizarse y ostentar groseramente su monstruoso triunfo!...

Solo por llegar á un punto desde donde pudiese explotar su pensamiento, descendia tanto el buen Denisart. Era literato. Sabia, por consecuencia, un sin número de ejemplos históricos, en los que muchos grandes hombres se sujetan á la servidumbre para esperar el momento propicio á su elevacion.

Bruto besaba la tierra. Denisart hubiera hecho mucho mas en iguales circunstancias.

Pero nosotros tenemos hartas razones para colocar á Denisart á mucha mayor altura que Bruto: este, últimamente, se limitaba al designio de dar muerte á un tirano, y no abrigaba, como el otro, el pensamiento de asesinar á todo un pueblo....

—Señor Denisart, dijo el Duque, vos estais suficientemente enterado de este negocio.... Ya sabeis que yo poseo legítimamente los bienes de la casa de Maillepré-Maillepré, de la que soy el único heredero... Sabeis tambien que M. el Marqués de Maillepré, abusando del conocimiento que tiene de cierto hecho que, segun mi posicion, me coloca de

alguna manera en su poder, me ha obligado á reconocerle implícitamente por primo....

—Ah! señor Duque, interrumpió Denisart, yo no conozco vuestro secreto... pero creo sin la menor duda que es el secreto de un corazón noble y honrado, de un hombre irreprochable!....

—Bien, muy bien, señor Denisart..... Vos teneis mucha razon.... Pero tocamos ya al término de la prescripcion... Dentro de quince dias, M. el Marqués de Maillepré, que hasta ahora no ha presentado ningun título proposito para interrumpir legalmente la prescripcion treintenaria, no tendrá ya tiempo para hacer valer títulos de ninguna especie... Dentro de quince dias, á no ser que volviese mi señor primo el Duque Juan, que es muerto y bien muerto hace ya mas de cuarenta años quizás, yo no tendré nada que temer, nada absolutamente. Pero quince dias, señor Denisart!....

—Si yo me atreviese á emitir mi opinion delante del señor Duque, le diria que en quince dias, pueden urdirse muchas intrigas....

Le miró el Duque frente á frente. Denisart hizo una reverencia y bajó los ojos.

—Burot me ha dicho que vos étáreis un

hombre seguro, señor Denisart, repuso el Duque.

Denisart se inclinó de nuevo.

—Y por otra parte, también me ha indicado que teniais un gran deseo de adquirir cierta suma....

—Ah! señor Duque.... comenzó á decir Denisart.

—Vos tendreis sin duda una familia á quien alimentar?...

—Un pensamiento, señor Duque! tengo un pensamiento... y esto es mas difícil de alimentar que cinco hijos....

El Duque sonrió frunciendo las arrugas de su boca.

—Pues bien! señor Denisart, dijo este; mi pretendido primo es un jóven aturdido y sin precaucion... Un hombre entendido, como vos lo pareceis, lograria facilmente insinuarse con él.... y.... á fé mia, señor Denisart que quedareis contento de la recompensa....

Denisart palideció; sus ojos manifestaron espanto y terror.

—No tengo el honor de comprenderos, señor Duque, murmuró.

—Será que yo me háya olvidado de esplicarme bien, repuso este último; se trata de un golpe de mano....

El Duque se detuvo. Denisart creyó fir-

memente que se le iba á proponer un asesinato.

Y Denisart no tenia ciertamente ni por asomo las cualidades que constituyen un bravo. El buen hombre comenzó á temblar de pies á cabeza.

El Duque continuó:

—Mi supuesto pariente no ignora, estoy seguro de ello, no ignora lo mismo que yo como nos encontramos... Él tiene sus abogados como yo tengo los míos... Recelo algun obstáculo por parte suya.... Por lo demás, tengo noticias de no sé qué hombre desconocido, que ocultando cuidadosamente las señas de su casa, habia hecho revelaciones y anunciando vagamente, hasta en el gabinete de un alto magistrado, que la familia de Maillepré-Maillepré vendria con el tiempo á reclamar su herencia... Todas estas circunstancias, como podeis comprenderlo, parten del mismo origen... Mi primo... mi primo!... Pues bien! señor Denisart, mi primo.... posee y conserva guardada en alguna parte, en su casa ó sobre su persona, cierta cartera de tafilete encarnado... Esta cartera es lo que yo necesito....

Denisart respiró. Despues hizo un movimiento calculado de indignacion.

—Señor Duque, dijo enderezando su magra persona, yo no esperaba.... no podia nun-

ca esperar!... Ciertamente, mi posición es muy miserable, pero yo he tenido días de mejor fortuna... He estado desempeñando puestos honrosos.... y es muy violento para un hombre de mis circunstancias ...

Le miró el Duque frunciendo las cejas. Sentía haberse anticipado tanto.

Denisart continuó:

—Un hombre que por sus estudios serios y filantrópicos estaba llamado evidentemente a desempeñar brillantes destinos.....

—Yo os había juzgado mal, señor mío, le interrumpió secamente el Duque... no hablemos más sobre el asunto.

—Si tal! si tal! replicó vivamente Denisart, cambiando de tono inmediatamente. Ello, es cierto, señor Duque que, por mi parte, no puedo encargarme de eso... pero yo tomo el negocio por mi cuenta... le tomo!.... Dentro de cuarenta y ocho horas os daré noticias de mi comisión.

El Duque se colocó un dedo sobre la boca.

—Si me veo comprometido en lo más mínimo, murmuró este, podeis contar con ir á presidio... si me traeis la cartera, recibireis mil escudos... Llamad á mi ayuda de cámara.

Denisart vió por delante de sus ojos los tres mil francos prometidos, bajo la especie

de un número incalculable de remesas de cinco céntimos. Su pensamiento le pareció enteramente realizado. Esta idea le deslumbró. En el momento en que iba á salir de la habitacion, M. Burot abria la puertade la antecámara, que se llenó al punto de un vivo perfume de pipa y de coñac.

M. Burot dió un golpecito en el hombro á Denisart.

—Tenemos en que ocuparnos esta noche, amiguito, le dijo Burot; escala de cuerdas, puertecita falsa, llave maestra... todo lo que hay en el mundo de mas veneciano y de mas... Una completa aventura de novela... Te embargo!.

Madama la Duquesa de Compans-Maillepré, se preparaba mucho antes que sumariado para ponerse al tocador. Empleaba en esta operacion una diligencia esquisita, y los cuidados de su camarista no eran menos minuciosos que los del ayuda de cámara de M. el Duque.

Madama la Duquesa podia pasar á todo trance por una muger hermosísima, á las cuatro ó cinco horas de haberse levantado. Que ella tuviese cuarenta años, como pretendia Lea Verin, ó que solo contase treinta y seis como ella decia y como gustaba

oir decir a los demás, poco importaba seguramente. El ser hermosa basta; y nada tiene que temer quien puede contestar con una graciosa sonrisa á los argumentos sacados de su fé de bautismo.

El mal consiste en no ser hermosa. Pero, á qué viene el hablar de la edad! La primera arruga... esto es lo que debe temerse, esto es lo que puede escarnecerse... la primera arruga, ya venga á los veinte años ya venga á los cuarenta.

No decimos esto seguramente por madama la Duquesa de Compans-Maillepré, que tenia encima ya su primera arruga, y su segunda y hasta su tercera. Esta es una refleccioncilla que dirijimos de paso á los amantes furibundos de la hermosura inalterable, hombres de gusto, que se divierten en hacer estallar enormes besos en mejillas rubicundas, aunque estén separadas por una nariz chata, ó al lado de una boca morruda.

En suma, hacia ya unos veinte años por lo menos que Enriqueta Masson era la Duquesa de Compans-Maillepré.

Enriqueta Masson era hija de un pasante de escribano del tribunal civil del Sena. El nombre no era en verdad muy espléndido. La posicion no tenia nada capaz de tentar á un joven caballero rico y consi-

derado entre los cortesanos del imperio. Pero Enriqueta era admirablemente hermosa, y se decia que su padre Masson, por mas insignificante que fuese su influencia, no habia sido extraño á ciertos procedimientos judiciales del tribunal del Sena, de los que nadie habia apelado, y en los que se violaban hasta cierto punto los articulos recientemente promulgados del Código de Napoleón.

Cierto es que aquel juicio databa de 1803, y el Duque de Compans no se habia casado con Enriqueta hasta 1810; pero decian malas lenguas que el cumplimiento de la condicion impuesta al Duque por el pasante de escribano, en cambio de sus buenos oficios, habiase aplazado de comun acuerdo hasta cierta época determinada por los dos.

De cualquier modo, Enriqueta solo tenia diez y seis años al contraer su matrimonio. Hubiera sido imposible por consecuencia avanzar mas en la cuenta de su edad.

El fallo judicial de que hemos hablado, declaraba la posesion definitiva de los bienes de Maillepré, decretada en favor de M. de Compans, por causa de la ausencia del Duque Juan, á los diez y ocho años de la partida de este último. Y ya se sabe que el Código de Napoleon establece una próroga

de treinta y cinco años, comenzados á contar no desde el día de la partida, sino desde el momento de la desaparicion ó desde las últimas noticias recibidas del personaje perdido.

El error era ciertamente muy notable.

Pero á esto podria contestarse que en tiempo del imperio, era muy urgente consolidar las fortunas, y que despues de tantas conmociones como habian perturbado el orden social, era arriesgadísimo dejar pesar sobre aquellos inmensos dominios, preservados de la rapiña revolucionaria por la familia de M. de Compans, las funestas incertidumbres que la ausencia declarada deja siempre detrás de sí.

Lo cierto es que M. de Compans acababa de ser declarado por Napoleon con derechos al título de Maillepré; que estaba muy bien quisto en la corte; que tenia mas de cincuenta mil libras de renta, y que se habia casado con la hija de un pasante de escribano, que se llamaba Masson.

Tenia entonces el Duque treinta años á lo mas. Al principio del imperio habia perdido á los que él llamaba sus padres. Era un gentil caballero, venturoso con las damas, cuyos maridos segaban el laurel en torno de sufrente; un escelente caballero, que gastaba su

fortuna como cumplida á su persona, y tan ambicioso como hubiera sido avaro, á no contar con su medio millon de renta.

Enriqueta, por su parte, era una señorita plebeya, cuyo moral no se salía de ningún modo de la regla comun. Era bastante *espiritual*; no tenía mal corazón. Decir más acerca de su persona, en mal ó bien, sería pasar más allá de la verdad.

Puede apostarse ciento contra uno á que Enriqueta Masson, casada con un colega de su padre, hubiera sido el orgullo de la sociedad de los pasantes de escribano. Aquel era su elemento. Hubiera podido seguir su camino rectamente y sin tropezar, porque no existen tropiezos en las sendas llanas de una desahogada medianía.

Pero es menester cabeza y corazón, mucho corazón y mucha cabeza para no perder el equilibrio, después de haber saltado desde el piso almagrado de una pobre habitación á los tapices suntuosos de un palacio ducal.

Se encontró Enriqueta al pronto como desvanecida por aquel nuevo esplendor que la rodeaba, pero el amor fue desde luego para ella una ejida y un sosten precioso. Amó perdidamente á su marido; el Duque, por su parte, mostróse también muy apasionado de su mujer. Aquel era en verdad un excelente ma-

rimonio.

El Duque era un hombre sin principios, seco de corazon, y cuya filosofia no miraba aqui abajo mas que la felicidad de los deleites. La Duquesa no llevaba tan lejos sus ideas, porque realmente no tenia teoria formada; pero su educacion mezquina solo habia sembrado tinieblas en su espiritu. No es difícil comprender que una pareja semejante llevaba en sí misma mil gérmenes de desusion, cualquiera que fuese su conducta reciproca en los primeros tiempos del matrimonio.

Y además, estas cosas son difíciles de explicarse; pero el deber de un escritor consiste en poner en claro sus pensamientos y señalar el mal en donde quiera que se encuentre; además, decíamos, existe un crimen villano, que pasa como cosa corriente hace muchos siglos, en fuerza de la costumbre; un crimen que está en nuestras costumbres, y que no tiene nombre, y que se halla tan bien recibido en nuestra sociedad que causaria grande admiracion el oírle llamar crimen.

Esto se hace, esto se confiesa. La Escritura suprime las palabras de Dios que anatematizan este crimen, el peor de todos, como dice el Evangelio. Pero, por otra parte, Malthus veria en él una virtud...

Los hombres mas honrados del mundo os

dicen con gran frescura: yo no tendré mas que un hijo, yo no tendré mas que dos hijos: los que llegan á desear tres hijos, tienen muy desarrollado el órgano de la filogenitura... Pero el amor que por su esencia es casto y divino, se desvia de estos misterios...

El sentimiento que resistiese á tan vergonzosos pensamientos, no seria amor.

M. el Duque de Compans no queria mas que dos hijos. Tuvo dos hijos: La tibieza se deslizó despues en el lecho conyugal.

Los dos hijos, sin embargo, áquellas dos criaturas dulces y encantadoras eran un vínculo de union.

Entrambos murieron.

Los dos esposos volvieron á acercarse de nuevo; pero en aquel intervalo M. el Duque habia tenido diez queridas. No sabemos á punto fijo el número de los amantes de su muger.

Por lo tanto existia ya una barrera colocada entre los dos. Cuántas familias se estinguen así!

Sin embargo M. el Duque era muy celoso. Hizo vigilar cuidadosamente á su muger... Aquello fué un aguijon. Su muger, que comenzaba á cansarse ya, despertó á la presencia del peligro. Aborreció cordialmente á su marido, lo cual es siempre un pasatiempo;

urdió misteriosas intrigas, lo cual constiituye casi la felicidad.

Aquel era un matrimonio normal, un matrimonio tipo, cuya fórmula se reasumia en M. Burot y la señorita Victorina: el Mercurio y la confidente. Pero estas penas no matan. Con todo esto y con ciento cincuenta mil libras de renta se causa envidia á todos los matrimonios virtuosos que solotenganlos pucheritos á la lumbre.

Hácia principios del año 1822 M. el Duque de Compans tuvo noticia de una familia de Maillepré que se preparaba á reclamar en justicia la totalidad de los bienes del Duque Juan.

Esta familia llegaba de los Estados-Unidos, por Inglaterra.

Las pesquisas, las investigaciones que inmediatamente mandó hacer M. el Duque de Compans le convencieron con toda seguridad de que aquellos Maillepré eran los verdaderos hijos del Duque Juan. Pero M. de Compans supo al mismo tiempo que se hallaban destituidos de recursos y que sus títulos y demas papeles se habian perdido en un naufragio.

M. de Compans resolvió anonadar aquella familia, con la que no contaba ya...

Todos los individuos de esta familia habian encontrado un asilo en Bretaña, en los alre-

dedores de Kergaz, tierra del dominio de los Maillepré, que poseia actualmente M. el Duque de Compans que se hallaba entonces muy bien mirado en los Borbones, que lo habia estado bajo el Imperio de Napoleon, y que debia estarlo despues de 1830 cerca de la dinastia de Orleans. El era muy poderoso, y los que hubieran podido declararse sus enemigos eran tan débiles, que el éxito de la lucha aparecia verdaderamente poco dudoso.

El hombre que habia hospedado á los individuos de aquella familia era un aldeano breton llamado Juan Maria Biot, cuyo padre habia comprado bajo la Convencion el pequeño dominio de los Maillepré, por conservarle y restituirle á sus antiguos señores.

Hay, aunque lo haya dicho recientemente un novelista, que lleva á sus competidores toda la cabeza, y que prodiga un talento prodijoso en afear á todo trance el cuadro de la naturaleza humana, hay aldeanos de este calibre en Bretaña y sin duda en otras partes.

Juan Maria Biot era viudo. Entregó aquellos bienes al Marqués Raoul, como lo hubiera hecho su padre; y como no tenia familia, dedicóse enteramente al servicio de sus señores.

A este hombre fué á quien M. Compans dirigió sus primeros tiros.

Los títulos de Biot tal vez no estaban en toda regla. El tenía poquísimo dinero para sostener los gastos del proceso, y M. el Duque era tan rico!

Los tribunales fallaron en favor de M. de Compans.

Los Maillepré seguidos de Biot, vinieron á París, y entablaron el proceso principal, en reclamación de todos los bienes del Duque Juan.

El Marqués había escrito á Jaime Western, su cuñado, para que le enviara todos los títulos que había dejado en América, y dinero.

Jaime Western solo había recibido la carta escrita desde Inglaterra inmediatamente después del naufragio, y había remitido dinero á aquel país.

Hasta mucho tiempo después, á fines de 1825 no llegó á sus manos una misiva del Marqués. Western no quiso confiar á nadie el precioso depósito, y pasó el mar para conducirle en persona á París.

El Marqués Raul hacía ya algunos años que estaba enfermo. Había perdido su pleito en primera instancia, y apelado de aquella providencia. Ya hemos visto á su familia apiñada en la boardilla de M. Polypo en el Palais-Royal, y sabemos al extremo á que había

llegado su desnudez y su miseria.

Sin embargo, tal es la fuerza de un derecho bien adquirido, que los Maillepré aun en su agonía inspiraban á M. de Compans un verdadero terror.

Con la ayuda de un joven médico llamado Josepin, que asistia á M. el Marqués Raoul el Duque de Compans sabia exactamente todo cuanto pasaba en la pobre morada de la galeria de Valois. Conocia las esperanzas del Marqués, y recelaba verlas realizadas.

A instigaciones suyas habia intentado tantas veces M. Polipo arrojar á la calle á un moribundo. Deseaba acabar al fin con aquel espectro, antes que los papeles y los socorros esperados de América viniesen á cambiar fatalmente la suerte del combate.

Como á las doce del dia del martes gordo de 1826, un billete de Josepin avisó al Duque de que los Maillepré habian recibido una carta del Havre, anunciando para aquella misma tarde la llegada de un tal Jaime Western, de Boston, el cual traia á la familia todo lo que necesitaba en aquellas circunstancias.

Este billete llenó al Duque de inquietud y zozobra. Aquel hombre que llegaba tan á punto, era su ruina. Y nadie renuncia tan fácilmente y sin luchar con grande afán á una fortuna inmensa que ha poseido y disfrutado

desde la infancia!

Era preciso perder á aquel Jaime Western, ó ganarle. Y sobre todo era indispensable principalmente dar con él al instante.

Tal era la causa de aquella estraña investigacion, de aquel ojeo en que el Duque se hallaba ocupado en el jardin del *Palais-Royal*, la misma noche del martes gordo de 1826, en que le vimos por primera vez. No habia podido registrar la llegada de los carruages del Havre, y estaba buscando á la ventura á un hombre, teniendo mil probabilidades contra una de no encontrarle...

Su objeto era dar con Jaime Western, seguirle, sorprenderle de cualquier modo, y arrancarle su depósito de grado ó por fuerza.

De grado mas bien que por fuerza, si era posible, porque las violencias son harto peligrosas en el estado actual de nuestras costumbres.

Cármén fue á colocarse en el camino de sus deseos. Él la dejó obrar. De cualquier modo aquel era un recurso propio para estraviar á Western, y al otro día quedaba tiempo aun para hacer lo demas.

Como puede suponerse, M. el Duque de Compans pasó una noche muy agitada.

A la mañana siguiente, un elegantísimo tilburi entró en el patio de su palacio. Un

joven, parecia casi un niño, se apeó de un salto, y ganando á toda prisa los pasos de la escalera, dijo al ayuda de cámara de M. el Duque de Compans, que le rehusaba la entrada, alegando lo intempestivo de la hora:

—Anunciadme! yo os lo mando. Entre primos, cualquiera hora es buena... Anunciad á M. el Marqués Gaston de Maillepré!...



VIII.

Recuerdos del carnaval.

M. el Duque de Compans, despues de aquella tarde del martes gordo de 1826, habia pasado, como ya hemos dicho, una noche muy agitada.

Cuando anunciaron al Marqués Gaston de Maillepré, el duque acababa de levantarse. Aquel nombre le hirió como un golpe de maza. Maquinalmente y sin saber lo que se hacia, mandó que le introdujeran.

Llevaba el supuesto Marqués una polonesa con alamares estrechamente ajustada, que diseñaba un talle redondo y fino. Tenia un largo pantalon sujeto al calzado por una especie

de trabillas. Su cabeza estaba cubierta por un casquete de traza militar, por debajo del cual se escapaban con profusion admirables bucles de cabellos negros.

El Duque reconoció al joven que se le había acercado la noche anterior en el Palais-Royal; y reconoció también á la muger que había arrastrado á Western á la cueva del Salvage.

—Sois vos quien se hace llamar Marqués de Maillepré!... murmuró el Duque esforzándose á sonreír.

Después, sin aguardar respuesta, y estrechado por su deseo de saber, añadió:

—Y nuestro hombre?...

Cármén se sentó sobre un sillón que hizo rodar hasta la chimenea, y colocó sus pies sobre los morillos.

—Nada vuelve á uno tan friolero como una noche de vigilia, mi querido primo, dijo ella; escusadme si procuro colocarme á mis anchas...

—Basta de chanzas! exclamó el Duque que esperaba con una impaciencia angustiosa; qué habeis hecho, pues?

—Yo no me chanco, dijo Cármén, he hecho bastantes cosas...

Una nube sombría oscureció aquella hermosa frente, que ella acababa de descubrir

para arreglar los bucles desordenados de sus caballos.

—Pero, ese hombre! ese hombre! repitió el Duque con grande afán.

—Tranquilizaos, caballero, respondió friamente Cármen: yo os habia dicho: Me encargo de él...

—Vos teneis la cartera!... balbuceó el Duque de Compans, con el pecho ajitado por un acceso de júbilo.

—Yo tengo la cartera.

El Duque asió las manos de Cármen en un momento de transporte, y las estrechó fuertemente entre las suyas.

—Quien quiera que vos seais, exclamó, obtendreis una recompensa mayor que vuestros deseos... todo lo que me pidais, todo os lo daré!

Cármen se sonrió.

—Yo nada os pido, dijo ella; pero no teneis el menor deseo de saber cómo ha caído en mis manos la cartera?

—Cómo?... repitió el Duque con la voz ligeramente estremecida.

—Jaime Western tenia en mucho la tal cartera, señor Duque.

—Ya lo creo!...

—La tenia en mas que á su vida.

—En mas que á su vida!... y vos habeis

logrado á pesar de eso?...

El Duque dirigió á Cármen una mirada de interrogacion. Cármen tenia los ojos fijos en el suelo. Alzó al fin lentamente su mirada cuya llama viva y profunda aparecia como empañada por una sombra de tristeza.

—Le he dado muerte, dijo ella.

El Duque retrocedió, poniéndose pálido como un cadáver.

—Desdichada! murmuró; un asesinato!....

—Una muerte violenta, señor Duque, respondió Cármen elevando su frente altanera; los dos estábamos de pie, el uno frente al otro... los dos armados... y por tres veces le dije que se defendiera.

Hubo un momento de silencio. El Duque reflexionaba calculando hasta qué punto podía caer aquel crimen sobre su cabeza. Pero pensaba tambien al mismo tiempo en el precio que debia pagar aquel asesinato, en la cartera tan codiciada por su corazon, en aquellos títulos que iban á hacerle irrevocablemente dueño de un medio millon de renta.

—Y... repuso en seguida el duque; ¿qué habeis hecho de sus papeles?

Cármen se habia dejado caer contra el respaldo almohadonado de su sillón. Tenia los ojos fijos en el techo y nada escuchaba ya.

—Era un hombre de alma elevada, señor

Duque, murmuró ella; no pensaba en devolverme mis golpes porque me tenía por una muger.

—No sois, pues, una muger? dijo el Duque.

Cármén le dirigió una mirada como de asombro, pero nada respondió á aquella pregunta.

—Me tomaba por una muger, repitió ella; á pesar de haberle prevenido que era un hombre.

La voz de Cármén, grave y varonil en medio de su dulzura, acentuó estas palabras con fuerza y energía.

El Duque la contempló de pies á cabeza.

Pero en lugar de seguir aquella idea, volvió á decir, arrastrado por sus deseos:

—Y los papeles?...

Cármén parecia como absorta en el recuerdo de los acontecimientos de aquella noche.

—Sí, sí... repitió ella; era un hombre de corazon valeroso y bueno... habia atravesado los mares solo por salvar á los seres que amaba... Pero yo... yo me vuelvo loco desde el momento en que mi mano toca un arma cualquiera... Y, además, no está escrita allá arriba mi vida toda entera?... Lo que ha sucedido... Lo que ha sucedido debia suceder forzosamente!

El Duque media la habitacion con sus pi-

sadas, paseándose impaciente de un lado á otro. De tiempo en tiempo, se paraba bruscamente delante de Cármen, como si hubiese querido apoyar con la fuerza sus preguntas que habian quedado todas sin contestacion. Pero luego se contenia y pasaba adelante.

Cármen continuó lentamente y como en un sueño.

—Mi sangre es la misma sangre de aquellos que consultan los brillantes caracteres del gran libro de las noches... Mis padres sabian leer en el firmamento... yo... yo creo... Ellos eran dos á predecirme, sabedlo, señor, dos á predecirme mi destino... Dos veces me hablaron de él... dos veces á muchas leguas de distancia! En Valencia, la vieja gitana Yahbel me dijo un dia: «infante, tú serás hermoso, pero serás mas hermosa... tienes dos corazones?...» Y, como yo no la comprendiese, Yahbel añadió: «Infante, tú serás pobre... Escucha!... tú matarás... y serás rico, poderoso y grande... mas poderoso, mas rico y mas grande que un Grande de España sentado y cubierto en presencia del Rey...»

Un suspiro ajitó el pecho de Cármen...

El Duque, parado delante de ella, dió una patada en el suelo, y,

—Está loca! exclamó.

—Éso es lo que me dijo Yahbel, la gitana, repuso Cármén bajando la voz, y como si no hubiese tomado en cuenta la interrupción de M. de Compans. En las montañas de los Highlands, Jan Vohr, el hijo de las Nieblas me examinó una noche, y cantó en seguida:

La sangre del hombre tiñe su alma. Es encarnada; Dios la hizo así: y blanca es el alma de la muger. Son fuego y agua dulce. ¿De qué color es tu alma?... Adán te dirá su amor; Eva te ocultará su llama. Quiente responderá? Tu día postrimero...

Cármén se detuvo.

—A qué querer penetrar el velo con que los seres que leen en el porvenir ocultan de propósito su pensamiento?.... murmuró ella; Jan Vohr añadió y yo comprendí entonces:

Allá abajo, allá abajo, mira... á través de la noche sombría, un hombre viene: tal es la suerte. Toma tu puñal, esgrímele y hiere en las tinieblas, y levántate en pos: el hombre es muerto. Cada ser se desliza hácia donde le llama su destino. A tí te llama al homicidio... al homicidio sin remordimientos. Nada de

duelo!... La hora ha llegado. Mírate poderoso, rico y grande!

Cármén apoyó su frente entre las manos. El Duque la escuchaba poseído de una vaga curiosidad.

—Quién negará el poder de esos seres á quien Dios abre el libro del porvenir? dijo ella lentamente. Yahbel y Jan Vohr!... En España y en Escocia!... La misma prediccion entrambos!... Y entrambos me predijeron la verdad!... Ah! el destino manda; el hombre obedece. Yo era muy pobre... Ora desempeñaba con disgusto la tarea que me habia impuesto vuestro criado M. Burot, siguiendo todos los pasos de madama la Duquesa... Una hermosa muger! y que merece ser amada!... Los ojos de Cármén se iluminaron vivamente. Ora, disfrazado de muger, bailaba delante del pueblo en el boulevard del Temple... De repente, la hora ha llegado; el hombre ha venido; la suerte ha puesto un cuchillo en mis manos inerme... He asesinado!

Se estremeció el Duque segunda vez al escuchar aquellas palabras, que resonaban en sus oídos como una acusacion de homicidio. Sus ojos se bajaron al suelo.

Cuando volvió á levantarlos, Cármén, ó mas bien el jóven del Palais-Royal, porque ya le

pareció al Duque imposible desconocer su sexo, estaba de pié delante de él, erguido, inmóvil, con los ojos vivamente iluminados por una espresion de indomable arrogancia.

Respiraba toda su persona una audacia varonil, una firmeza altiva, un vigor orgulloso y revestido con las formas de una hermosura imposible de describir. Inspiraba respeto y terror.

—Lo que ha sucedido, debia suceder forzosamente, repitió con lentitud y dirijiendo al Duque una mirada dominante; no me arrepiento de ningun modo... Pero ya que se ha cumplido la mitad del horóscopo, se me debe la otra mitad... He asesinado; soy poderoso, rico y grande... Primo mio, nadie tiene derecho á preguntar á Gaston de Maillepré lo que piensa hacer de sus papeles de familia.

El semblante de M. de Maillepré fuese descolorando gradualmente hasta volverse lívido. Despues se enrojeció vivamente colorado por la sangre; sus párpados amoratados se agitaban fuertemente estremecidos. Su mirada se encontró á deshora con la mirada del falso Marqués. Y el Duque fué quien bajó primero la cabeza.

Cármén continuó:

—Yo soy el Marqués de Maillepré; tengo

derecho á los ciento cincuenta mil francos de renta que poseeis, querido primo: esta es mi herencia.

El Duque permaneció inmóvil y sin responder palabra.

Buscaba en su imaginacion perturbada, armas para sostener aquella lucha que comenzaba de una manera tan amenazante y terrible.

En este primer momento no pensaba siquiera en serenar su semblante, en dar compostura y decoro á su actitud. Entre él y Carmen se notaba un contraste extraordinario.

El hombre fuerte y vigoroso desfallecía y vacilaba. De nada le servía su robusta musculatura, ni su talla atlética, ni la experiencia de toda una vida de amañes y de combates ambiciosos. A su vez, y sin saberlo él mismo se sentía también dominado por su señor, y doblegaba ante su poder.

Al contrario, el joven aparecía como revestido y adornado por su tranquila arrogancia. Dominaba, porque nada temía. La gracia elegante de su talle, sus formas armoniosas, su hermosura juvenil incomparable, todo esto se unía á una espresion de fuerza, y alarde de intrepidez tan audaz como altanero, que el ánimo fluctuaba, al contemplarle, entre el asombro y el terror. Su mirada dominaba y

atraía; su voz vibraba amenazante, pero dulce sin embargo...

Después de un largo espacio de silencio el Duque levantó la frente con un esfuerzo, violentándose visiblemente á fin de mirar á su adversario cara á cara.

—Que vos seais hombre ó muger, dijo friamente; un muchacho galopin, ó una mozuela perdida, poco me importa... el que hayais asesinado á un infeliz en cualquiera zahurda, ese es negocio que debe ventilarse entre los tribunales y vos... Lo que me interesa, lo que me concierne precisamente, es que vos, de una manera ó de otra, poseeis papeles que son para mí de cierto precio... Hablemos seriamente, yo os lo ruego; y echemos á un lado un lenguaje que no os conviene de ningun modo... Esos papeles... qué precio exijís por la venta de esos papeles?...

—Cinco millones, respondió el Marqués.

El Duque se encojió de hombros y volvió la espalda para recobrar su silla.

—Dos ó tres billetes de á mil francos, murmuró este, todo lo mas!

El Marqués se volvió á sentar tambien á su vez, y cruzó sus piernas una sobre otra. La espresion de su semblante habia cambiado completamente. Una especie de jovialidad burlona hacia entreabrir sus labios con una

sonrisa irónica y daba á sus ojos un brillo insultante.

—Vaya, señor Duque, respondió acercando su sillón á la chimenea; yo soy mas generoso que vos. Os dejo, siendo así que podría exijeroslo todo, os dejo doscientas cincuenta mil libras de renta...

—Vos me las dejais!... repitió M. de Compans con cólera.

—En usufructo, mi querido primo... Vos no teneis sucesion: yo soy vuestro heredero.

El Duque no pudo reprimir un movimiento de furor.

—Mi querido primo, repitió el Marqués en el mismo tono burlon; yo tenia motivos para esperar un recibimiento mas cariñoso... Cuántos en vuestro lugar darian mil gracias al cielo!... Porque es un hijo; vedlo bien, pensadlo, reflexionadlo; es un hijo lo que os envia Dios en su infinita misericordia...

Por un momento M. de Compans miró aquel rostro de niño bonito, que se habia despojado de su carácter de altanería poderosa, para vestirse de una espresion indolente y risueña.

El Marqués continuó en tono lijero:

—En vez de regocijaros, como debiérais, poneis un gesto de mártir... Y mas de una vez desde que tengo el honor de hallarme en

vuestra presencia, os he visto á punto de asirme por el cuello... En verdad, señor Duque, que no estais en vuestro papel... Y, una de dos, ó yo os intimido hasta el punto de haceros perder todo vuestro aplomo... ó no he sabido esplicarme todavia lo bastante para haceros comprender la gravedad de nuestra situacion.

—Por mi propio interés, y por la lástima que me inspirais, dijo M. de Compans, comprendo perfectamente la necesidad en que me hallo de echar tierra sobre este negocio.... Si no lo comprendiese asi, añadió con un bufido de soberbia, discutiria con vos? Acabemos de una vez! yo soy bastante rico para poder permitirme una locura....

Dirigióse hácia su escritorio y tomó un paquete de billetes de á mil francos de uno de los cajones.

—Tomad, repuso presentándoselos al jóven, que permaneció con sus dos manos blancas, y de una perfeccion esquisita, indolentemente cruzadas sobre las rodillas; dadme la cartera y hemos concluido!

El Marqués continuó en la misma inmovilidad.

—Tomad! repitió M. de Compans.

El Marqués tomó los billetes y los arrojó al fuego.

Valian una veintena de miles de francos.

El Duque, sorprendido, estupefacto, contempló como se quemaban aquellos pape-
litos ligeros y transparentes, por amor á los
cuales se condenan tantos traficantes en este
mundo.

Aquello produjo un poco de fuego y un po-
co de ceniza.

—Señor Duque, dijo el Marqués con la ma-
yor frialdad, la cartera contiene una cantidad
cuatro veces mayor que esa... Este es mi di-
nero de bolsillo.... Ahora tened la bondad de
escucharme con atencion... La cartera contie-
ne ademas todos los titulos que son menester
para probar mi noble nacimiento, y muchas
cartas que me han hecho conocer la historia
de mi vida....

—Y vos esperais!.... quiso interrumpirle
el Duque.

—No, querido primo, no.... estoy seguro.
Pero admitamos que, á pesar de estos titulos,
los tribunales encuentren manera de pene-
trar... nada hay perdido por eso... la cartera
queda siempre en mi poder, y yó sé muy bien
en dónde encontrar la verdadera familia de
Maillepré....

—Vos lo sabeis!... balbuceó M. de Com-
pans desvanecido y fuera de sí.

—Si, querido primo... vos sois demasiado

perspicaz para no convenir conmigo en que el joven Gaston, mi homónimo ó mas bien su padre, tendrá á mucha felicidad el aceptar el convenio que vos rehusais... Y yo tendré entonces ciento cincuenta mil francos de renta, sin contar el placer que proporciona siempre una accion virtuosa.

—Ah! vos sabeis todo eso! repitió el Duque con voz balbuciente y entorpecida.

—Sí, querido primo... Y ademas, porque es menester preverlo todo, ademas, poseo una especie de escudo para en el caso de que diérais en la mania de abusar de mi confianza, arrastrándome á los tribunales... esto es muy sério, señor Duque: verdaderamente no se trata menos que de vuestra cabeza... Cinco hombres darian testimonio, en caso de necesidad, de vuestro ojeo de ayer en las galerias del *Palais Royal*... el mozo de los Hermanos Provenzales daria fé de la solieitud que empleásteis en embriagar á vuestra costa al hombre que dos horas mas tarde fue muerto á puñaladas á muy pocos pasos de aquel lugar.

—Pero... eso es infernal! murmuró con voz enronquecida el Duque, cuyas sienes estaban cubiertas de sudor.

—Sí, querido primo... Y á todo eso puede añadirse el espionage que haceis ejercer junto

al lecho de cierto moribundo...

—Vos conocéis á Josepin! exclamó aterrado M. de Compans.

—Sí, querido primo... le conozco muy particularmente... Ya comprendéis, sin duda, que todas estas cosas son algo mas que simples presunciones y que, solo con desplomar el crimen sobre vuestra cabeza, mi defensa será harto fácil...

El Marqués se levantó, arreglóse delante del espejo los pliegues descompuestos de su polonesa, y pasóse la mano por entre los bucles de sus brillantes cabellos.

—Ahora, querido primo, repuso el Marqués, solo me resta pedir os que me perdonéis por haberos molestado... Con que somos amigos?

—Qué debo hacer? preguntó el Duque con una voz casi ininteligible.

—Bien poca cosa... escribirme una carta de bien venida, en la que me dareis las gracias por haberos mostrado mis títulos, llamándome siempre mi muy querido primo, con otras cosas dulces y cariñosas, si lo juzgais á propósito.

—Lo haré... y qué mas?...

A eso se reduce todo... Esa carta os atará las manos... y confiad en mí que no dejaré dormir seguramente en vuestra gabetala par-

te que me corresponde de las rentas de Maillepré... Hasta la vista, primo!...

El Duque se hallaba colocado entre el Marqués y la puerta. Estaba pálido, y por sus mejillas se estendian algunas manchas azuladas. Todo su semblante aparecia espantoso con su espresion de furor contenido, de odio pronto á estallar violentamente.

Al pasar junto á él para retirarse, el Marqués por última baladronada le alargó su mano.

El Duque asió aquella mano. En su garganta resonó un ronquido sordo. Arrastró al Marqués hácia sí, y estrechóle contra su pecho exalando un rugido salvaje. Acababa de comprender la estension de lo que se le exigia. Escribir aquella carta, era entregarse á discrecion, y despojarse de todas sus armas, incapacitándose para volver á emprender la lucha jamás.

Cualquiera que hubiese asistido á aquella escena, hubiera temido ciertamente por el hermoso joven, al ver su cuerpo delicado y frágil fuertemente apretado entre los nervudos brazos de Compans. Compans queria acabar con él: esto se conocia en sus ojos desencajados y sangrientos. Estrujábale y sacudíale con furia, tratando de aplastarle contra sí mismo. Pero aquel cuerpo tan ar-

monioso, tan lleno de gracia, tenia, como sabemos ya, cuando llegaba la ocasion toda la vigorosa elasticidad del acero. Bajo aquel cutis fino y satinado habia músculos varoniles que se contraian fuertemente; aquella hermosura aniñada ocultaba las fuerzas de un atleta.

Los dos brazos del Marquesito se juntaron sobre los riñones de Compans, que vaciló y perdió la respiracion. Un momento despues el Marqués estaba libre.

Pero Compans permanecia siempre entre la puerta y él. En sus ojos ardía el fuego de la desesperacion. Necesitaba luchar, luchar á muerte...

La mano del Marqués se deslizó entre los pliegues de su polonesa. El mango de oro del puñal que habia muerto á Western salió hasta la mitad de entre su pecho. Pero volvió á esconderse al punto.

Las cejas fruncidas del Marqués se desarugaron completamente. En sus labios apareció una sonrisa burlona.

El Marqués se encogió de hombros con un aire maligno de compasion, y asió el cordon de la campanilla, que pendia á un extremo de la chimenea, con la espresion denegosa de una coqueta acometida por un galan exigente y atrevido.

Sonó la campanilla. El ayuda de cámara de Compans apareció al momento.

El Marqués pasó por delante de su adversario, imponente ya, saludóle con la mayor cordialidad y dijo:

—Querido primo, hasta el momento, dichoso para mí, de volveros á ver... No olvidéis mi carta...

El Duque desde la ventana pudo verle saltar ligero y alegre dentro de su carruaje, que partió al trotelargo.

A la mañana siguiente, el Marqués recibió la carta prometida, y desde entonces el Duque y él vivieron como buenos parientes. Pero M. el Duque de Compans no habia sin embargo concluido con aquella noche del martes gordo de 1826.

Como ya hemos dicho, su muger y él vivian en malísima inteligencia. Se aborrecian despues de haberse amado. El Duque hacia la doble vida de galanteador y de celoso: Burrot servia á la vez de sabueso por fuera y de espion por dentro.

Seguramente nada hay tan curioso como estos celos endémicos de los maridos galantes, celos que crecen y se multiplican en razon directa de las infidelidades conyugales del celoso. Pero este es un pensamiento tan antiguo que en vanose esforzaria la

pluma á quererle rejuvenecer.

Hasta esta época, madama la Duquesa habia temido á su marido como se teme á un juez inflexible y severo. Se guardaba cuidadosamente de escitar en su ánimo la menor sospecha. Todas sus intrigas se entablaban y se seguian con ese arte singular que constituye el genio femenino. La Duquesa tenia siempre un amante, pero no siempre era el mismo. Su marido concebía algunas sospechas; pasaban estas adelante: M. Burrot maniobraba... Nada! el amante de madama la Duquesa era una cosa inhallable.

En tales circunstancias Madama la Duquesa se conducía con un tacto, con un decoro y con una destreza superiores á todo elogio. Esto valía casi tanto como la virtud para los hombres avanzados en filosofía, y desnudos de preocupaciones. Pero el día menos pensado, naturalmente y sin transición alguna, la Duquesa cesó de guardarse y recelar.

Leon Duchesnel era á la sazón el galán reinante.

Le admitió Madama la Duquesa sin la menor cautela, y comenzó á dejarse servir sin restricciones. Se habló mucho en los altos círculos de esta circunstancia. M. el Duque, el mismo marido, llegó á saber el cuento como todo el mundo. Se puso colérico, desesper-

radamente colérico.

Una noche al volver de su casita de recreo, en donde Burot le habia servido justamente una pobre niña, vendida por su madre, antigua dama joven de vaudeville, M. el Duque de Compans entró en su casa con la firme resolucion de hacer justicia.

La severidad sienta muy bien en las conciencias limpias de pecado, como la de M. el Duque.

Figuraos á *Olhelo*, dueño de una casita de recreo, y levantando el puñal sobre el pecho de *Désdemona*, justamente al salir de una intriga de amor venal...

En la escalera de su palacio, M. el Duque de Compans encontró á Leon Duchesnel, que le saludó con el mayor respeto.

—Caballero, le dijo el Duque con toda la brutalidad que pudiera desearse, os prohibo volver á poner los pies en mi habitacion.

—Caballero, respondió Duchesnel sin dejar de bajar la escalera, debo haceros observar que no es de vuestra habitacion de donde yo vengo.

El Duque penetró furioso en la cámara de su muger.

Esta le recibió con una sonrisa indolente y sosegada. El Duque refirió lo que acababa

de suceder. La Duquesa no perdió por eso su dulce sonrisa.

—Ese hombre me ha ajado, insultándome con la mayor insolencia; pretendéis imitarle vos, señora?

—No lo permita el cielo... pero debe serme permitido decirlo siquiera que habeis obrado con mucha precipitacion... M. Leon Duchesnel...

—M. Leon Duchesnel me desagrade sobremanera, y le prohibo la entrada en mi casa! interrumpió el Duque con violencia; ese caballero está aquí á todas horas... va con vos al paseo, á la iglesia, al teatro...

—Eso consiste en que nosotros dos tenemos muchas cosas que decirnos, señor, repuso la Duquesa en un tono natural y dulce.

M. de Compans dió un paso hácia ella con aire amenazanté.

—Nosotros hablamos de vos con mucha frecuencia, continuó la Duquesa.

—De mí, señora... creo que os estais mostrando!

—De vos, señor... y del trabajo que os tomábais de seguir en el *Patais-Royal*, la tarde del martes gordo del año pasado, á un extranjero que fué, segun dicen, asesinado aquella noche...

El Duque balbuceó una blasfemia y dejóse

caer en su sillón.

—Os sentís acaso indispuerto, señor? repu-
so la Duquesa sin la menor emocion. No? tan-
to mejor!... M. Duchesnel conoce mucho á
vuestro nuevo primo, que es por cierto un
bellísimo jóven... Conoce también M. el doc-
tor Josepín que, según parece, fué quien os
anunció la llegada de aquel estrangero á quien
vos... seguisteis.

—Basta! señora, basta! murmuró el duque.

—Supuesto que esta conversacion os des-
agrada, la abandono, pues... y yo confio en
que vuestra política y vuestro conocimiento
del mundo sabrán reparar la rudeza de vues-
tra conducta para con M. Duchesnel.

Algunos dias despues, madama la Duque-
sa dió un magnífico baile al que asistió Leon
Duchesnel.

M. el Duque de Compans-Maillepré se
disculpó dando algunas excusas que Duches-
nel tuvo la amabilidad de aceptar, y estos dos
hombres de honor pudieron cambiarse lealmen-
te un apretón de manos.

IX.

A las once de la noche.

Sin duda por todo lo que llevamos dicho puede comprenderse que M. el Duque de Compans-Maillepré no era por cierto un hombre feliz.

Solo poseía 250,000 francos anuales, escludiendo el medio millon de las rentas de Maillepré. Se hallaba, por otra parte, á merced de tres personas, él, cuyo carácter absoluto y altanero no sufría contradicciones de ninguna especie.

Estaba dominado por el falso Marqués; se veía en la dura precisión de poner buen sem-

blante á Duchesnel, y besaba la mano de su muger cuando lo exigian las circunstancias.

Esta triple sujecion le hacia verdaderamente muy mal cuerpo.

Pero tales son los sucesos de este mundo. Nos tomamos la licencia de hacerlo notar por segunda vez. Quién es el hombre que logra un éxito completo en todo lo que se propone llevar á cabo? En dónde reside un triunfo absoluto?

M. el Duque, visto desde abajo, tenia seguramente muchos envidiosos.

El hombre se agita, se apresura, y agota sus fuerzas por arribar á un fin; arriba... Qué júbilo! Pero detrás de aquel fin se ocultan las trabacuentas. La alegría es de corta duracion y muy lentos y pesados los dias que se siguen después de la victoria.

Si el hombre contempla todavia sobre sí algunos escalones que ganar, se dice con una fé inmensa: allá arriba está la felicidad. Y comienza una nueva lucha, porque constituye los verdaderos goces. Pero si ha llegado á la cumbre, sus labios apuran hiel y veneno.

Allí residen los pesares, la amargura, el hastío, y mas arriba no hay nada ya. Nada!... no hay por lo tanto ni un pretesto para desear, para esperar, para vivir.

Los prudentes, que han subido hasta esa altura, piensan en Dios, y vuelven á descender.

M. el Duque de Compans no podia subir mas. Se encontraba mal en aquella altura. Y Dios era lo que mas lejos estaba de su memoria.

Mordia su cadena cuando se hallaba á solas. En público sabia sonreirse dulcemente. Y, siempre que podia, procuraba aturdirse en medio de oscuros desórdenes. M. Burot era su filosofia. Sin embargo, abrigaba todavia una esperanza.

Siete años habian transcurrido desde el asesinato de la calle nueva de Bons-Enfans. Comenzaba á acostumbrarse ya á las amenazas de aquel coco.

Por otra parte, el falso Marqués no habia entablado contra él ninguna demanda civil que pudiese interrumpir la prórroga de los treinta años que la ley concede á los herederos de un ausente para presentarse despues del fallo definitivo. Pasado este tiempo, es necesaria la vuelta del ausente mismo para destruirlos efectos de la posesion.

La prórroga de los treinta años espiraba dentro de algunos dias, pues corria á su fin el mes de noviembre de 1833, y el fallo definitivo estaba dado en diciembre de 1803.

Pasado el término, el Duque perdía todo recelo por parte de la verdadera familia de Maillepré, cuyos derechos quedaban por ende sin nignun valor ni efecto. En cuanto al falso Marqués, siempre era muy temible, pero su posición cambiaba también mucho por aquella circunstancia. Ya no le quedaban más armas que su amenaza de descubrir el asesinato.

Era esta una terrible inculpación que hubiera podido hacer mucho mal al Duque siete años antes, cuando se hallaba en el caso de conquistarlo todo, pero que en su brillante posición actual aparecía poco probable.

El Duque en último caso, se convertiría de vencido en vencedor; dominaría entonces á quien le había dominado por tanto tiempo... y cuando una cabeza ha estado subyugada durante siete años, el día de su triunfo se eleva altiva con un placer inmenso!...

Esta era una esperanza, una esperanza que el Duque recelaba ver desvanecida por algun hábil manejo del Marqués; y se estremecía cada vez mas aterrorizado á medida que se acercaba el momento fatal.

Este temor, llevado á un extremo febril, fué lo que motivó el exabrupto dirigido á Denisart. Los títulos! El Duque no se creía en

salvo hasta tener aquellos títulos en su cartera...

Aun no conocia bien á M. el Marqués de Maillepré. Este se paraba poco verdaderamente en prórrogas y demas actos judiciales. Comprendia perfectamente su posicion, y veía en cualquier tribunal un escollo en que su barca hubiera naufragado de seguro.

Su poder era el del marino que, con la mecha en la mano, se coloca junto á la Santa Bárbara.

Siete años de placeres, de lujo, y de grandeza, no le habian hecho cambiar de ningun modo. Se hallaba como en otro tiempo, dispuesto á perderse perdiendo á su enemigo.

Madama la Duquesa de Compans-Maillepré estaba disputando con Duchesnel, á quien reprochaba á todas horas el imperdonable delito de ser marido de su muger.

Aquella era la milésima edicion de esa escena de celos que ve obligado á soportar á cada momento el sér miserable y degradado, que ha vendido sus obsequios á una muger.

Burot acababa de entrar en la habitacion del Duque.

—Os hallais en disposicion de ocuparos de negocios esta mañana? dijo el secretario á su

señor, guiñando los ojos.

—De negocios, sí, replicó el Duque, pero no de los vuestros, señor Burot... Volved esta tarde; ahora estoy muy ocupado.

El perillan se acercó al bufete, dirigió una ojeada al Código abierto, é hizo chocar sus dedos con aire desdeñoso.

—Cuando pienso en que existen hombres, murmuró Burot, hombres que se pasan hojeando todo el día este libraco, y que quizás no han leído nunca las Reglas del villar!...

Encojióse de hombros, arrellanóse en un sillón á un lado de la chimenea, y comenzó á atizar el fuego.

Al cabo de tres minutos, volvió á decir:

—Estais todavía ocupado?

El Duque que ya se habia olvidado de él, volvióse con aire de impaciencia.

—Qué haceis ahí le preguntó con severidad.

—Me estoy fastidiando, respondió Burot.

—Creo haberos dicho que volvais esta tarde!...

—Psi! repuso Burot, esta tarde tengo que jugar... partida de honra, una pipa de espuma montada en plata... no es cosa de faltar por ningun pretesto! Y, además de la partida, mis ocupaciones... Escuchadme, pues,

señor Duque, y seamos hombres de razon... Yo... yo tambien tengom mis asuntillos... Con que, estamos?

—No, replicó el Duque, si no podeis venir esta tarde, volved mañana.

—Ah! hé aqui como son las cosas! dijo Burot con un aire insolente de mal humor; de modo y manera que ya os acordais de ello lomismoque de las coplas de otros tiempos... y que yo he perdido en valde mis dos dientes, mi pipa y mi trabajo... Pues me gusta!

—De qué estais hablando? preguntó el Duque cerrando á medias su Código.

—Eh! vive Dios!... de la niña... Ya sabeis... labios de coral, dientes de perlas, cabellos rubios, ojos azules... un hermano que no es amante...

—Ah!... exclamó el Duque. Sí, sí... la niña de la Opera... y qué hay?

El Duque cerró completamente su Código, dió una vuelta á su sillón, y aproximóse á la chimenea.

Sonrió maliciosamente M. Burot contemplando aquella vivacidad que reemplazaba al humor indiferente de su señor.

—Ya estamos en el caso! murmuró el perillan.

—Ya comprendo que es fuerza escucharte,

dijo el Duque, si he de verme libre de ti... Sabes dónde vive?

—En donde vive, en donde trabaja, lo sé todo, y algo mas... Ah! pero, señor Duque, yo os doy mi parabien... Vais á hacer una soberbia adquisicion... Nada la falta... es completa, completa!... Yo la he visto deslizarse por las aceras de la calle de San Luis... Un talle de bailarina, os lo juro por mi honor!... un pié... pero qué pié!

Llevó M. Burot á la boca la punta de sus dedos, é imitó el estallido de un beso, para aderezar mejor su relato.

El Duque sonrió al escucharle.

—Sí, sí, sí, dijo este, sí, sí... Yo tengo un buen golpe de vista... Y... veamos! Yo os conozco, M. Burot... vos no estais nunca mas contento que cuando hay que vencer algun obstáculo diabólico... Tendremos mucho que trabajar?...

—Justamente lo preciso para dar sal y pimienta al placer, respondió M. Burot, asiendo á puño cerrado sus labios con una expresión cariñosa y alegre; desde luego habeis calculado bien... el jovencito era su hermano...

—Vive Dios! dijo cándidamente el Duque...

—Pero el otro... el bigotillos... Ah! ah!

diantre, yo no respondo de él.

—El bigotillos!... repitió el Duque.

—El perdona-vidas... el forzado... el que me ha privado de mi pipa y de mis dos dientes.

—Ah!... ese escultor del Marais?... murmuró M. de Compans cuya frente se oscureció de un modo visible.

—Precisamente... calle de San Luis, núm. 26... no, yo por mi parte no responderé de él.

—Ese escultor, dijo el Duque, se condujo conmigo de un modo tan impertinente.. Si ella ama, razon mas para!...

—Eso es otra cosa!... Mi deber es deciros lo bueno y lo malo.... Si eso os agrada, adelante!... En cuanto al escultor, si ha estado impertinente con vos, no ha estado muy atento conmigo... no por cierto!... Yo trabajaria con mas gusto en este negocio si se le pudiese pegar un chasco pesado.... Entretanto he hecho dos reconocimientos en el Marais, y hé aqui lo que he sacado en limpio...la niña está guardada por una especie de cancerbero á quien no es posible ganar ni adormecer.

—Ni aun arrojándole un hueso?

—No sirve... pero la casa tiene mas de una entrada, y vos debeis conservar en alguna parte una llave de la puerta trasera....

—Yo!

—Si... esta es una coincidencia muy cómica..... Nosotros somos los señores de aquellos lugares, como dicen en la Opera...

—No te comprendo.

—En otros términos, vos sois el propietario de los viejos paredones en cuyo centro respira nuestra paloma...

—Habita en el palacio de Maillepré!...

—Ni mas ni menos... en el ala derecha.... y el cerbero es Juan Maria...

—Ah! exclamó el Duque como espantado. Despues añadió:

—En efecto... Juan Maria ha alquilado el ala derecha bajo su nombre... será ella hija suya por casualidad?

—Esa circunstancia no es de las mas importantes... Lo cierto es que tenemos un portero. un jóven, una vieja y dos señoritas que llevan entre todos un mismo nombre de pila... porque me he informado bien... La familia del ala derecha se compone de cuatro miembros... y nadie en todo el barrio sabe su nombre... ni aun un cierto auvernés que cuida de la portería, cuando Biot sube á comer con sus hijos... ó con sus amigos... Pero bah!... Llámese si quiere la señorita de Biot!... ella es hermosa como unas flores, y esto es lo principal!

El Duque estaba reflexivo y meditabundo...

—Esto es muy grave, dijo alcabo de algunos momentos; ese Juan Maria me parece hombre de grande energia.

—Es un zopenco!... interrumpió Burot; esos bretones son muy parecidos á los osos... esto les dá naturalmente un aire feroz.

—En suma, continuó M. de Compans; á mi edad no se debe proceder con atolondramiento en un negocio arriesgado... Cómo piensas tú conducirte?... todo depende de esto.

—Toma! no hay por cierto muchos caminos, respondió Burot; yo cuento con robarla...

—Mira lo que haces!...

—Dejadlo de mi cuenta... ya tengo combinado mi plan... Allí esta la puertecita de la calle de Paienne, de la que nos hemos reservado una llave... Juan Maria nada tiene que hacer por allá dentro...

—Pero el hermano...

—Hé ahí la razon porque el negocio debe terminarse esta misma noche... Mi auvernés me ha dieho que el jovencito habia salido ayer de madrugada... No ha dormido en el palacio... Conque las reglas mas sencillas del arte nos aconsejan apresurar la aventura...

M. de Compans parecia vacilante.

—A mas de eso, insinuó hipócritamente

Burot, no se encuentran todos los días palomas semejantes... esto es claro... Pero en la guerra como en la guerra... Podemos buscar por otro lado...

—Ah!... murmuró el Duque con los ojos vivamente iluminados; cuanto mas pienso en ella, mas encantadora me la figuro... Haz lo que tú quieras.

—Lo que yo quiera? repitió el perillan sacando con maravillosa oportunidad una enorme bolsa de lana, completamente vacía. Ya que teneis la bondad de preguntármelo, os diré que lo que yo quiero ante todas cosas es inflar el vientre de esta señora.

Levantóse al mismo tiempo y deslizó dentro de la bolsa un cucurucho de oro que habia sobre la cornisa de la chimenea.

—Toma! dijo despues; ahora la llave... yo la conozco perfectamente... debe estar en una habitacion con la de vuestra casita de recreo... Señor Duque, tengo el honor de ofreceros mis respetos... Mañana ya habré ganado mi dinero.

Romeo habia ocupado todo el día en buscar al Marqués. Tanto él como Nazario habian estado desde por la mañana apostados en el número 9 de la calle Real de *Saint-Honoré*, relevándose alternativamente sin que

su vigilancia cesára por un solo instante. Pero el Marqués no habia parecido por su casa.

Su servidumbre ignoraba completamente todo lo que habia sucedido. Esto era inesplicable.

Romeo y Nazario estaban sin embargo resueltos á no abandonar su empeño.

Por la noche, Nazario fue á relevar á Romeo de su centinela en la antecámara del Marqués.

La servidumbre de este último estaba muy admirada de aquella obstinada persistencia.

El Marqués, aunque era hombre á la moda, no tenia acreedores.

Al dejar la casa del número 9 Romeo montó en un *fiacre* y se hizo conducir á su propia casa. Allí tomó todas sus cartas de aquel dia y metiéndolas en su bolsillo sin pararse siquiera el tiempo necesario para abrirlas, por correr en seguida al palacio de Maillepré.

Deseaba con ansia noticias de Santa, temiendo el efecto que aquellos dos dias de angustias hubiesen producido en el corazon de la pobre niña.

Conforme caminaba hácia el palacio, iba buscando en su imaginacion algun consuelo con que endulzar aquel terrible dolor. Aquel

dia no habia traído consigo ningun incidente: y en circunstancias extremas, lo peor de todo es siempre la prolongacion de la incertidumbre.

Nada encontraba que decirla, porque el solo consuelo posible en tales momentos era llevar buenas noticias de Gaston. Y la situacion actual de Gaston le era tan desconocida como el dia anterior.

Qué habia sido de él? A qué podia atribuirse aquel extraño raptó? á dónde le habian conducido?...

Romeo estaba tanto menos dispuesto á prodigar consuelos, cuanto que su inquietud se aumentaba por instantes. Cuanto mas se esforzaba á darse cuenta del éxito de aquel desafio, en que la vida de Gaston habia estado veinte veces á merced de su adversario, mas se llenaba de dudas y confusiones.

A medida que iba acercándose al palacio de Maillepré, su paso vivo y precipitado al principio, comenzaba á hacerse lento involuntariamente. Deseaba llegar al instante, pero lo temia al mismo tiempo, y se desconsolaba al pensar que su presencia no llevaria consigo ni siquiera una esperanza...

Cuando entró en la portería, Biot le miró atentamente como si no le hubiera reconocido.

Juan María estaba de pié, y leía á la luz del farol que pendia en el interior de su aposento.

Estaba leyendo un cuaderno de papel fino, en que se veían las líneas juntas de un escrito de muger.

Tenia el cuaderno en una mano. La otra, cerrada convulsivamente, aparecia cubierta por una randa nudosa de músculos y venas, que la contraccion nerviosa de sus dedos hacia salir como en relieve. Y delectreaba con tanta mas dificultad aquellas líneas menudas y poco formadas, cuanto que las lágrimas se lo impedían á cada instante, oscureciendo sus ojos como un espeso velo.

Estas lágrimas se secaban al punto, lo mismo que el copioso sudor que corria de su frente.

Estaba muy pálido. Sus cejas, violentamente fruncidas, se juntaban una contra otra, proyectando una sombra espesa hasta en lo inferior de su semblante.

Al rededor de sus cejas aparecian tambien grandes y profundas arrugas.

Sus largos cabellos flotaban estremecidos sobre sus robustos hombros. Sus labios ajitados y convulsos, murmuraban, al delectrear aquel escrito, palabras incoherentes y confusas.

En todo su conjunto habia una espresion de furor sordo, concentrado, amenazante y terrible.

Y desdichado del que escitase hasta el punto de enfurecer aquella naturaleza pacífica y pesada, pero que encontraba dentro de sí misma, cuando lo pedian las circunstancias, una enegía prodijiosa, acompañada por una fuerza irresistible.

Estos terribles síntomas se ocultaron á la perspicácia de Romeo que se preguntó á sí mismo qué nueva desgracia iba á saber.

Pero aquella desgracia no debia llegar á ser conocida de él. Era el secreto de Berta, y Biot sabia guardar su secreto.

Romeo aguardó un instante á que Biot interrumpiese su lectura.

—Yo os saludo, mi buen amigo Juan Maria, dijo al fin viendo que el aldeano se engolfaba cada vez mas en su manuscrito; cómo está la señorita Santa?...

—Yo no sé nada, respondió Biot; dejadme...

Romeo se acercó á él y le tocó en el brazo.

Biot se enderezó por un movimiento repentino y tomó instintivamente una actitud amenazante.

—Mi buen amigo Juan Maria, dijo Romeo, no me reconocéis, pues?...

El aldeano levantó sus párpados contraindos. En medio de su furor se notaba también cierto extravío.

—Ah!... murmuró; aplastaría su cabeza bajo mis pies!... El miserable que la ha deshonrado... yo le conozco... sí, le conozco!...

—Santa?... dijo Romeo palideciendo.

Biot le miró fijamente por espacio de un segundo; después ocultó con precipitación el manuscrito entre los forros de su trage breton.

—La desgracia ha entrado en nuestra casa, dijo luego; yo los amo demasiado para verles sufrir tan cruelmente... mi cabeza se desvanece.... Yo no sé lo que venís á hacer aquí, M. Romeo...

—Yo soy amigo de vuestros amos, Biot... he sido testigo...

Biot no le dejó concluir. Precipitose hacia él, y asiéndole una mano.

—Sí, sí... exclamó; nuestro señor!...sabeis lo que ha sido de él!...

Romeo movió la cabeza.

Biot se cubrió el rostro con las manos.

—Berta..... Gaston... Santa! murmuró; porque ella morirá también si él muere!...

Su pecho se levantó exalando un gemido profundo.

—Pero él no morirá! dijo Romeo; oh! se-

ñor Biot, cobrad un poco de valor... ella necesita una voz amiga... una voz que la consuele, á la pobre niña...

—La jovencita de ayer está con ella repuesto Biot; las dos oran juntas.

—Linda?... dijo Romeo; oh! ella será feliz si yo puedo hacer algo por su felicidad.....

—Es una niña excelente, señor Romeo! repuso Biot con voz enternecida; á no ser por ella, la señorita Santa Iloraria sola... porque yo... yo no sé como consolarla... Pero no sabéis nada, Dios mío!...

—Nada sé! respondió el escultor bajando la cabeza! Escuchadme, señor Biot... Discurramos á la par... Es preciso pensar alguna cosa para disminuir las angustias que van á atormentarla esta noche... Mañana, ya tendremos sin duda noticias.. pero de aquí á entonces, pobre niña! tiene hartó tiempo para sufrir...

—Es verdad, respondió Biot; nuestras noches son muy largas!... Es preciso discurrir. Ah! si yo pudiese tomar sobre mí todos sus tormentos!...

Romeo conservaba en la mano por casualidad una de las cartas que habia sacado de su casa. Estrujaba esta carta entre sus dedos sin saber lo que se hacia, como sucede siempre

en los instantes de violenta agitacion.

El sobrescrito, torcido y retorcido de mil maneras se abrió al fin. Romeo llevó maquinalmente los ojos al papelajado que habia dentro.

Al leer las primeras palabras, dió un salto de alegría.

—Biot, mi buen amigo! exclamó: hé aqui que ya tenemos un medio de secar por hoy las lágrimas de la señorita Santa!...

Y leyó con una precipitacion, en que se reflejaba su júbilo, aquella carta cuya letra le era desconocida, y que solo contenia estas palabras:

«El señor Romeo tendrá mucho gusto en saber que la herida de su amigo M. Gaston de Naye, no ofrece peligro de ninguna especie, y que él se encuentra en lugar donde se le cuida y asiste con el mayor esmero.»

No habia firma. Pero un poco mas abajo estaban dos líneas escritas por una mano temblorosa:

«Esto que precede es verdad. Decid á Santa que la amo.

GASTON.»

—Y es cierto? exclamó Biot en un transporte de imprevista alegría. Es cierto?... Gaston!...

Romeo le alargó la carta. Biot se enjugó los ojos.

—Gaston! repitió. Ha escrito... Si, yo reconozco su letra!... Ah! niño querido!... Qué bondadoso es Dios!...

Acercóse á Romeo y estrechóle rudamente entre sus brazos. Despues se sentó, como desfallecido, sobre su taburete.

—Corazon mio! corazon mio! murmuró apretando su pecho con ambas manos; hacia tanto tiempo que no sabias palpar de gozo!... Ah! gracias, Virgen Santa! Gracias, Dios mio, gracias!

—Mi buen amigo, dijo Romeo que participaba de la emocion de Juan María, es preciso ir á la habitacion de la señorita Santa...

Biot se levantó sin dejarle concluir.

—Ya debia yo estar allá! exclamó; Querida señorita! va á ser dichosa!...

Y precipitando su paso, tan lento ordinariamente, lanzóse fuera de la portería y comenzó á subir de cuatro en cuatro los escalones del ala derecha.

Solo lo que tocasse inmediatamente á Maillepré podia influir así en aquella noble alma que solo respiraba amor paternal y abnegacion absoluta.

Estaba su corazon poseido de un inmenso furor al leer el testamento de Berta. El re-

cuerdo de Gaston habia sustituido el dolor á la saña concentrada que le ajitaba. Ahora sentia un gozo, que rayaba en locura, un gozo sin límites como su dolor y su cólera...

Y nada de esto por si mismo; todo por Maillepré...

Cuando Romeo salió del palacio, eran mas de las once de la noche. Habia aguardado la vuelta de Biot, por saber que Santa quedaba consolada, por oir hablar de su sonrisa.

Al salir del palacio de Maillepré, dió vuelta á la esquina de *Frans-Bourgeois* solo por contemplar la luz á través de las blancas cortinas de la ventana de Santa.

Asi son siempre los enamorados, y mal haya el hombre que encuentra insulsos y frios estos detalles en que se esconde la verdadera poesía!

Ya hemos descrito en estas páginas la noche del *Marais*. Y aunque la calle de *Frans-Bourgeois* sea de las mas frecuentadas en aquel barrio, los transeuntes se hacen ya muy raros á las once de la noche y las tiendas están cerradas desde mucho tiempo antes.

Al volverse, despues de haber contemplado la ventana de Santa, en donde brillaba todavia una luz, Romeo distinguió tres hombres inmóviles, no lejos de un carruage parado

junto á los muros del palacio de Maillepré.

Ninguna puerta habia alli que pudiese motivar la estancia de aquel carruaje, tirado por dos vigorosos alazanes.

Romeo conocia muy bien su Marais; la presencia de aquellos hombres en aquel sitio, le causó admiracion.

Despues sintió una especie de recelo y pavor, porque en un corazon enamorado siempre hay una entrada abierta á la inquietud.

Los tres hombres se habian colocado al verle, á la sombra de las paredes del palacio.

Romeo se quedó inmóvil en medio de la calle.

Ellos permanecieron tambien del mismo modo, observando á aquel hombre por quien eran tan cuidadosamente observados.

El grupo sospechoso se componia de M. Burot, de Denisart y de un *jugador desarmado*, á quien Burot empleaba á jornal en las coyunturas delicadas.

Aquellos tres señores estaban allí reunidos, ó por tomar el fresco, ó por otra cualquiera cosa.

Si su presencia habia puesto en cuidado á Romeo, la presencia de Romeo les disgustaba á ellos notablemente.

Aparecia M. Burot con asaz resuelto continente; el *jugador desarmado* tenia todo el aire

de un intrépido; (se llamaba Roby) pero Denisart temblaba de pies á cabeza. Con el fin, sin duda, de infundirse valor, este último llevaba con frecuencia á sus labios un frasco bastante capaz, lleno de espíritu de vino.

Denisart comenzaba á ponerse razonablemente borracho, pero no por eso se hacia mas valeroso.

El cielo estaba anublado. La luna, no obstante, aparecia de tiempo en tiempo entre dos nubes, para volver á ocultarse casi inmediatamente despues.

—Quién es ese diablo que tenemos delante? preguntó Burot.

—Yo no sé, respondió Denisart.

—Se le puede decir que tenga la bondad de despejar, observó Roby.

—De ningun modo! se apresuró á decir Burot; la prudencia es la regla fundamental de nuestro arte...

—Entonces, replicó Roby, esperemos.

Denisart no dijo una palabra, pero apuró un trago de espíritu de vino.

En aquel instante mismo, la luna pasó de una nube á otra, y derramó sus reflejos sobre el centro de la calle, que apareció vivamente iluminado.

Burot vió distintamente por espacio de un segundo el perfil de Romeo.

—Maldicion! murmuró con acento de despecho; es el asesino de mi pipa y de mis dos dientes!... nada se puede hacer ya esta noche!

—Vámonos á acostar, añadió Denisart.

Burot aprobó este parecer.

Romeo permanecía siempre inmóvil en medio de la calle.

Burot puso el pié sobre el estribo del carruaje. Romeo era para él un verdadero coco.

—Llévele el diablo!... repuso despues: podemos hacer una retirada y volver luego... Pero le conozco bien... no se irá de aqui en toda la noche... Escuchad!

Se oyó entonces á lo lejos resonar sobre la acera ése paso retumbante y cadencioso que Dios ha concedido á nuestras patrullas para mayor seguridad de los ladrones.

A las dos de la noche.

M. Williams, en aquella misma hora, se paseaba lentamente en el vasto salón que había sido la biblioteca del gran palacio de Maillepré.

En un rincón de la pieza había una manta estendida sobre paja, y sobre ella estaba medio echado un anciano completamente desnudo.

Este hombre fumaba una larga pipa de barro, exalando con cada bocanada de humo las notas sordas y monótonas de un canto interminable.

Era de una talla casi gigantesca. Sus piernas enflaquecidas y de un color rojizo se destacaban en relieve sobre la lana blanca de la manta.

En medio de la habitacion habia una estera sobre el suelo, y en la estera se veian los restos de una refaccion.

El anciano parecia muy robusto todavia, por mas que los años hubiesen ajado sus carnes y entorpecido el juego de sus músculos. De vez en cuando interrumpia su canto, y retiraba de la boca el largo cañon de su pipa. Sus ojos hundidos profundamente, y que tenían de ordinario la inmovilidad vidriosa de los de un cadáver, giraban alrededor en estos momentos, y se teñian de encarnado. Entonces colocaba en el suelo sus dos manos y bajaba la cabeza como un tigre que se arrastra para saltar.

M. Williams se colocaba delante de él en estos momentos, con los brazos cruzados sobre el pecho, y le miraba fijamente. Aquella mirada fria, persistente y severa parecia influir en el loco, como influye la mirada fascinadora del domador de fieras en los monstruos vencidos y subyugados por su poder.

M. Williams decia dulcemente:

—Duerma y repose mi padre. No hay enemigos alrededor de su lecho... Y cuando

esté dormido, su hijo hará la guardia de su sueño.

Y el anciano se replegaba temerosamente sobre sí mismo y se tendía de nuevo sobre la manta.

Despues se oía de nuevo su canto monótono y oscuro. Pero á medida que avanzaba la noche, este canto se hacia cada vez mas sordo. Las notas brötaban lentas y confusas de los labios entorpecidos del anciano.

Como á la media noche, la pipa se deslizó de entre sus dedos: su cabeza osciló un segundo y cayöse inclinada hácia atrás. Sus ojos estaban cerrados.

Durante algunos momentos su boca dejó escapar todavia un murmullo gutural. Luego reinó en toda la habitacion un profundo silencio.

El anciano dormia.

M. Williams se acercó de puntillas, y fué á arrodillarse junto á él.

Colocó en seguida cuidadosamente un cojin bajo la cabeza del anciano, y estiró la manta hasta cubrir con ella su pecho en el que se veían diseñadas muchas figuras caprichosas. Despues le contempló un instante en silencio. En su mirada se reflejaba tanto respeto como ternura.

El deber que acababa de cumplir M. Wi-

lliams, era un deber de todos los días. Cualesquiera que fuesen los vínculos que le unían á aquel infeliz anciano que estaba loco, y cuya locura se espresaba algunas veces por espantosos accesos de furor, M. Williams había sabido tomar sobre él un imperio absoluto. Solo M. Williams tenía el poder de calmarle y tranquilizarle; bastaba su presencia, bastaba su aproximación para convertir en una sumisa inmovilidad los arranques furiosos del demente.

En la pieza de escritorio, iluminada solamente por una lámpara que bañaba con sus dudosos reflejos la línea severa de los retratos de familia, que se extendía alrededor, Toby Grant, rendido por el sueño, hacía esfuerzos aun para continuar escribiendo lo que le había dictado su señor. Su mano entorpecida caminaba arrastrando lentamente la pluma sobre el papel, al escribir palabras y frases, cuya significación no comprendía sino á medias el buen Grant medio dormido.

M. Williams volvió á la pieza de escritorio, al dejar al anciano, y dando un golpecito en el hombro de Toby.

—Amigo Grant, le dijo, idos á descansar; yo voy á revisar lo que hemos hecho hoy.



—Grant se estregó los ojos.

—No... no me dormía... murmuró este, pero, qué tenía yo que deciros?... Ah!... John ha vuelto... ha traído una gran noticia....

En tanto que vos le buscais en casucas miserables, el Marqués Gaston de Maillepré habita un soberbio palacio... es rico, millonario, señor!

—Hablas de veras? exclamó M. Williams, cuyo corazón latió fuertemente.

—Vos mismo podeis convenceros... Vive calle Real de Saint-Honoré, núm. 9.

—Con sus hermanas?

—Lo ignoro... John solo ha hablado del joven.

—Sus hermanas están casadas sin duda, dijo M. Williams cuya emoción se aumentaba cada vez mas. Ah! es muy cierto! yo le buscaba siempre entre la miseria, porque creían... Pero si Dios les ha vuelto á colocar en su esfera, bendito sea su santo nombre!

—Despidió á Grant con un gesto, y fué á sentarse junto á la mesa, repitiendo:

—Bendito sea Dios! las consecuencias de aquella falta no habrán sido tan crueles como yo me temía.... Ya lo veré mañana...

—La noche avanzaba. M. Williams, sin embargo, se puso á trabajar con el mayor ardor, como si aquella noticia hubiera sido para él

un aguijon y un sosten que reparase sus fuerzas.

Toby y él habian trabajado todo el dia. La memoria habia engruesado muchas páginas.

Referia las vicisitudes de la familia en Inglaterra, su arribo á Bretaña, y la escelente acogida que la habia hecho uno de los buenos hijos de aquella tierra leal.

M. Williams habia sabido todo esto de una manera confusa, porque se estendia mucho sobre los detalles, y ni aun consignaba el nombre de aquel colono generoso que habia sido por espacio de algunos años la providencia de Maillepré. Y para no haber escrito aquel nombre era preciso que M. Williams le ignorase completamente; porque hablaba siempre con gratitud y hasta con respeto de aquel aldeano salvador.

Los Maillepré habian vivido en el fondo de la Bretaña en aquel rincon de los inmensos dominios de sus mayores. Allí habian gozado dias tranquilos, sino felices, aguardando con paciencia contestacion á las cartas que el Marqués Raoul habia escrito á los Western.

Pero la contestacion no venia. El Oceano es á veces un depositario infiel que no lleva á su destino los mensajes que se le confian.

Los Western ignoraban completamente la suerte de sus amigos. Suponian á Raoul en Inglaterra, y por dos veces habia remitido Jaime á Londres considerables sumas.

La carta que al fin llegó á manifestar á los Western el estado de horrible miseria á que se hallaban reducidos Raoul y su familia, fué un rayo para el anciano Williams.

—Pobre hija mia! mi pobre Luisa! decia el infeliz padre; Ah! si yo tuviese veinte años menos!...

Jaime estrechó la mano de su anciano padre, é hizo los preparativos para su partida.

Su travesía fue larga, pero sin accidente. A su arribo al Havre, escribió al Marqués anunciándole que tomaba la posta y que llegaría á París casi al mismo tiempo que su carta.

Esta es la carta que el Marqués Raoul, sin la mejor desconfianza, leyó á su familia en presencia del jóven doctor Josepin. Este se apresuró á escribir algunas líneas al Duque de Compans. No tenia otra mision que cumplir en aquella casa; solo por esto recibia trescientos francos cada mes...

Entre tanto el Marqués Raoul y su familia esperaban...

Ya recordarán nuestros lectores que esto

era en aquella noche del martes gordo de 1826, en que todo el Palais-Royal se estremecía hasta sus cimientos á los estallidos de una alegría báquica y delirante.

Western se apeó del carruaje al anoche-
cer. Preguntó por el Palais-Royal: le dirigie-
ron á él.

M. Williams, al llegar á esta parte de su narracion, aparecia como dominado por un furor que le sacaba fuera de sí. Lejos de disculpar á Jaime VWestern, le condenaba con una severidad implacable.

Ciertamente que la conducta de VWestern habia ocasionado muchos males, pero Jaime VWestern habia sido cruelmente castigado.

Ademas que su falta, en último caso, habia sido hija de la suerte.

El habia entrado en el Palais-Royal, en donde todo era ruido, confusion, tumulto, en donde la locura y el desórden ahullaban contagiosos, en donde hasta el aire estaba impregnado de fiebre.

Desde luego se encontró desvanecido, estraviado, aturdido con el choque violento de aquella bacanal inmensa que le rodeaba encadenándole, oprimiéndole sin tregua.

Preguntó por el ala Valois.

Ya se sabe cuán alegre y burlona es la

hospitalidad del carnaval. Los que escucharon la pregunta de Western habian comido ya. Y juzgaron muy chistoso estraviar á aquel hombre de austero semblante entre el grotesco y confuso desórden de la fiesta. Y le empujaron, le pasearon, le fatigaron...

Despues le abandonaron perdido en medio de la muchedumbre.

Como ya sabemos, Western era uno de esos caracteres sencillos, lentos y cándidamente curiosos que se paran encadenados por el encanto de la novedad, que se asombran, que se olvidan...

Sentia Western sin cesar dentro de la conciencia una voz que le recordaba su deber; pero tambien encontraba una excusa, porque todos aquellos máscaras enloquecidos parecian haberse dado de ojo, y hacian para él del Palais-Royal un laberinto enmarañado. Ya le decian que volviese hácia la derecha, despues hácia la izquierda, y nunca le indicaban la verdadera direccion.

Al fin, un vértigo vino á apoderarse tambien de su cabeza.

Aquella voz misteriosa que habia pronunciado su nombre á su oido, su combate con las máscaras del coche, la frugal comida en que una mano pagada le habia servido champagne por mayor, todas estas circunstancias

no eran por cierto muy apropiósito para restablecer en él la calma que ya comenzaba á vacilar.

Despues se atravesó en su camino el agente supremo de todas las tentaciones, una muger.

Una muger tan en extremo hermosa, que Western se creyó dominado por un sueño, y sintió vacilar la razon en su cabeza enardecida...

La memoria de M. Williams referia minuciosamente todas estas circunstancias. Y mientras que él las leia, un sudor frio goteaba de su frente:

Continuaba sin embargo su lectura.

Seguia luego la escena de embriaguez de la cueva del Salvage.

Alli figuraba Cármén, la maga encantadora, Cármén envolviendo, aprisionando á Western, ya vencido, en las redes de su sonrisa...

Alli aparecia tambien la habitacion encarnada de la hospedería del Salvage; Cármén recostada en el sofá, y qué hermosa estaba! el baile al chasquido de las castañuelas, aquel baile embriagador que habia encendido toda la sangre en las venas de Western.

Despues se presentaba aquella mirada de muerte, fija, dura, implacable, que le habia

convertido en hielo de repente.

Una espantosa amenaza á través de suaves sonrisas....

M. Williams respiraba con dificultad. Su aliento era una especie de ronquido.

Dejó caer el manuscrito, juntó las manos y elevó los ojos al cielo exalando una sorda exclamacion. Despues se levantó ajitando su frente abrasada, como para desembarazarse del tropel de sus pensamientos... Un silencio profundo reinaba en el vasto salon, cuyas pinturas parecian moverse lentamente á las oscilaciones de la lámpara moribunda.

Siempre que la luz tomaba un poco de cuerpo, centellas fugitivas aparecian en los dorados ennegrecidos de los antiguos cuadros. Del fondo sombrío de los lienzos ahumados salia aqui y allá un semblante pálido y austero, que parecia avanzar en el vacío proyectando fuera del cuadro su frente altanera.

M. Williams miraba alrededor, con los cabellos en desorden y las mejillas lividas.

Se reflejaba en sus ojos una espresion de extravio y de horror.

Se hubiera dicho que aquella fantasmagoria nocturna tenia para él una significacion de amenaza y de reproche, y que aquellos soberbios ascendientes de Maillepré iban

á pedirle cuenta de la desgracia ó de la sangre de sus hijos...

Las dos sonaron en la campana de bronce que adornaba la chimenea.

Williams volvió en sí como sobresaltado. Abrió una ventana á fin de calmar el ardor de su frente abrasada con el aire frío del jardín.

La noche estaba tranquila y silenciosa. Fuera reinaba la misma calma que dentro. La luna se hallaba oculta entre las nubes. Las tinieblas se espesaban en torno, tan densas y profundas, que los grandes árboles del jardín apenas se destacaban mas negros que ellas sobre el cielo sombrío. Sus cúpulas se elevaban vagamente como enormes fantasmas perdidos en la oscuridad....

M. Williams sentia cesar los latidos dolorosos de sus sienes al contacto de aquel aire frío que le azotaba el rostro. Y se hallaba mas tranquilo, porque la fiebre le abandonaba. Pero de repente y en medio de aquel silencio completo, llegó hasta él un ruido confuso.

Era un ruido irregular y vago, de paso tal vez, tal vez producido por alguna rama seca al caer sobre el suelo.

M. Williams iba á cerrar su ventana, cuando vió una figura negra que atravesó lenta

y vacilante la blanca arena de uno de los paseos....

Al menos, M. VWilliams creyó un instante haberla distinguido.

Volvió á mirar con mas atencion. Ya no vió nada. Y el ruido habia cesado completamente....

—Estas visiones son efecto de la fiebre! se dijo á sí mismo.

Muy bien podia ser la fiebre... Pero tal vez la figura negra no hacia ya ruido porque caminaba entonces sobre la yerba.

Despues de cerrar su ventana, M. VWilliams estenuado de fatiga retiróse á descansar....

Santa dormia en su pequeña habitacion.

En la cámara de la abuela reinaba el mayor silencio.

El sueño de Santa era tranquilo. Su aliento se dejaba sentir igual y muy dulce. Era que Santa se habia entregado al sueño contenta y feliz. Bajo la almohada de su blanco lecho se hallaba el billete que habia llevado Romeo.

Oh! cuántas veces habia besado Santa, dando gracias á Dios, las dos líneas escritas por Gaston! Y cuán diferente era aquella noche de la noche anterior!

La noche anterior, lágrimas que se secaban

solamente al aliento helado de la desesperación, largas horas pasadas en la inmovilidad del moribundo, con la cabeza reclinada sobre la cama de Gaston ausente... De Gaston herido!...

Sueños espantosos, mas espantosos y mortales al despertar!

Pero hoy, un dulce reposo, el sueño purísimo de la infancia cansada de sus juegos, sonrisas, la línea negra de unas largas pestañas cerradas, y el arco rosado de una boca entreabierta...

La habia sorprendido el sueño entre tan dulces pensamientos!...

Gaston!... tenia noticias de Gaston!... muy pronto sin duda iba á volverle á ver. Qué felicidad para los dos! Cuántas lágrimas confundidas santamente!...

Cuando sonrie la esperanza, todo es encantador, todo aparece con la espresion de la felicidad... hasta el dolor pasado es dulce en la memoria. Entonces se goza un placer igual á la desesperacion que ha oprimido el alma poco antes.

El alma convaleciente, por decirlo así, se siente mejor y goza como el cuerpo de un enfermo que va recobrando las fuerzas y la vida...

Y, como Santa no sufria ya, habia tenido

tiempo para soñar con aquel sér que iba haciéndose un lugar en su corazón. Había dejado á su pensamiento perderse en esas sendas nuevas y floridas del amor que no se conoce todavía. El pesar angustioso no estendia ya un velo sombrío sobre sus dorados sueños de niña. Veía el porvenir, una hermosa senda, bordada de placeres, que ella recorria entre Gaston y Romeo... No era Romeo su salvador? Todos los consuelos, todas las esperanzas, no venian de él y por él? Y cómo habia respetado él su dolor! Cuánta delicadeza habia desplegado para no abusar de los beneficios que prodigaba, imponiendo la pension de su presencia, haciéndose pagar en accion de gracias silenciosas!...

Santa no se decia todo esto del modo que nosotros lo escribimos. La hubiérais asombrado sobremanera con el simple análisis de sus propias sensaciones. Ella sentia sin saber... Cuántas otras saben sin sentir!...

Aquel martirio de dos largos dias; alejando el recuerdo de Romeo, le habia servido á este de mucho para con Santa, porque su nombre se habia mezclado despues con palabras de consuelo. Cada vez que el recuerdo de Romeo habia pasado por la mente de Santa, habia traído consigo una esperanza. Santa le hubiera amado tal vez sin

esta circunstancia dolorosa, pero esta circunstancia habia precipitado los lentos pasos de ese prólogo del amor en que el corazon de una virgen vacila tanto tiempo conteniendo su voz aconsejada por el pudor.

La hermosa niña estaba muy próxima á amar á Romeo con toda su alma. Algunos dias mas, y un vivo rayo iba á clarear las tinieblas aun no exploradas de su corazon, y á mostrarla el sentido de esa palabra mística que se descifra por la vez primera con tanto terror como placer.

Aquella noche la imagen de Romeo, confundida con la imagen querida de su hermano, se habia sentado á la cabecera de su lecho.

La bugia continuaba luciendo sobre su velador. Santa dormia, sosegada y serena como un niño que se sonrie con las quimeras de su sueño...

Eran entonces poco mas de las dos.

Un ruido extraño resonó de repente en la estancia de Gaston. Se hubiera dicho que una mano novicia ó torpe habia abierto la puerta de la escalera.

Unos pasos lentos, desiguales, y como contenidos por una precaucion que no hubiera bastado por cierto si algun oido aten-

to hubiese velado cerca de allí, resonaron sobre el piso de la pieza inmediata.

Después la puerta de Santa se abrió á su vez. La mano que levantó el pestillo temblaba.

A la abertura apareció el semblante inno-ble y medroso de Denisart.

El pedante estaba horrible por la embria-guez y por el miedo. Sus mejillas espanto-samente pálidas, contrastaban con el encar-nado ardiente de su nariz. Sus ojos pestañea-ban heridos por el resplandor de la bugía, que habia sucedido de repente para él á la com-pleta oscuridad de fuera. Su boca estaba com-primida, rodeando de profundos surcos las piel lívida y desmazelada de sus mejillas.

En vez de entrar, el valeroso escritor, dió un salto hácia atrás, huyendo de su propio espanto.

El silencio de la habitacion de Santa le tran-quilizó al fin. Solo se sentia allí la dulce y compaseada respiracion de la hermosa niña. Denisart se aventura.

Los rubios cabellos de Santa, sueltos y des-nudos en parte de su tocado de noche, cubrian toda la almohada. En el centro de aquella madeja confusa y encantadora en medio de su desórden aparecia la purisima perfeccion de su semblante. Sus dos brazos blancos co-

mo el alabastro, estaban por encima de la colcha cruzados sobre su pecho infantil cubierto enteramente.

Hubiérase creído contemplar á un ángel sorprendido por el sueño en medio de su plegaria.

Denisart se adelantó, vaciló, y contempló aquel hermoso cuadro con una gravedad de borracho. Despues mostró en sus labios una sonrisa cínica, y asió la colcha para levantarla. Pero sus piernas flaquearon; Denisart fué á dar con mil traspieses hasta el medio de la habitacion, en donde se detuvo y volvió á tomar penosamente el equilibrio.

—Bah!... murmuró; M. el Duque se enojaria tal vez... el perillan!

Dejó escapar una risa trabajosa que combatia con el hipo convulsivo de la embriaguez y comenzó á cantar en bajo falsete:

Mi opinion... mi parecer
Solo es beber...

Santa retiró uno de sus brazos, y colocólo bajo su cabeza volviéndose al lado opuesto.

Denisart alzó los hombros.

—Esto me recuerda un sin número de bellaqueras! balbuceó agoviado por sus violentas risotadas; esto me recuerda sobre todo

aquella niña de la calle de Vaugirard que fué á mi casa llamándome generoso escritor... Ah!... ah!... y á decirme que no tenia un pedazo de pan... como si el pan fuese necesario para morir de hambre... Ah! á fé mia... yo la prometí pan para su madre... Y después... Pero cómo se llamaba la tal niña?... Era un nombre de reina, vive Dios! Clotilde... No, no era este... te equivocas Denisart, te equivocas... Se llamaba Berta... Ah! ah!... Y era muy chusca por cierto la tal niña! Lloraba... lloraba... Al pensarlo... al pensarlo no puedo menos de reirme!...

Adelantóse haciendo eses hácia la ventana, y la abrió.

Santa medio despertada por aquel estrépito, exhaló un débil gemido.

—Ró, ró!... niña mia, ró, ró! dijo Denisart.

En la calle y debajo de la ventana resonó un silbido.

Denisart sacó de su bolsillo una escala de seda, atóla bien ó mal á los hierros, y arrojó una estremidad á la calle.

La escala se retiró fuertemente como si una mano vigorosa la sacudiese para probar su seguridad.

—Está firme, dijo abajo M. Burot; dá fuego!

Denisart entró, ató su pañuelo con una fuerza brutal á la boca de Santa que habia despertado sobresaltada, y envolvióla entre la colcha y entre la manta.

Santa exhalaba débiles gemidos que sofocaban los pliegues del pañuelo.

Denisart, vacilando con el peso de su carga, daba un paso hácia la ventana, retrocedia otro paso, avanzaba de nuevo, y volvía á retroceder, tropicando á la ventura sobre sus piernas entorpecidas.

Apareció por fuera de la ventana la cabeza despeluzada de Burot.

—Vamos, dijo este con impaciencia.

—No me hagais reir!... murmuró trabajosamente Denisart; si caigo, desde luego no podré volver á levantarme... yo me conozco.

Osciló un instante, haciendo chocar por dos veces contra la pared el cuerpo delicado de la pobre Santa. Luego haciendo un empuje desesperado, dirigióse rectamente hácia la ventana, y depositó su carga entre los brazos de Burot.

M. Burot estuvo á pique de caer derribado por aquel golpe.

—Bestia cuadrúpeda! murmuró el secretario.

Enervado Denisart por los accesos de una risa estúpida, se balanceaba en equilibrio,

poniéndose las manos en los hijares.

Burot comenzó á bajar, sosteniendo á Santa lo mejor que podia. Roby sujetaba la escala desde la calle. Burot tocó tierra sin accidente alguno.

Denisart acudió entonces á desatar los cordones de seda. La escala cayó á la calle.

Pero cuando el generoso escritor iba á dirigirse hácia la escalera, desvaneciöse su cabeza, dobláronsele las rodillas, y cayó rudamente atravesado sobre la cama de Santa, en donde comenzó á roncar inmediatamente.

Un latigazo restalló en la calle. Oyóse despues un ruido sordo sobre el empedrado. Un carruaje, parado hasta entonces debajo de la ventana, acababa de partir al galope.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

PARTE CUARTA.

LA CARTERA ENCARNADA.

I.

La Baronesa de Roye.

Nos hallamos en la mañana siguiente al día en que tuvo lugar el desafío de los cerros de Saint-Chaumont.

Ingresamos en el núm. 4 de la calle de Castiglione, en casa de madama la Baronesa

de Roye, aquella hermosa Baronesa de quien el doctor Josepin hablaba á Roby con tanto énfasis noches pasadas en la Opera. Aquella hermosa Baronesa, que habia enviudado á las doce horas despues de su matrimonio, que era la protectora de Josepin, la protectora del procurador Durandin, y cuyo nombre hemos oido ya (en aquella misma conversacion de los dos amigos en la *Opera*), mezclado con los nombres de Duchesnel y Denisart.

.... Aquel era sin duda el gabinete de madama la Baronesa.

Una colgadura de seda azul descendia desde un techo minuciosamente tallado, á lo largo de las paredes, y en perfecta armonía con los espejos, atenuando y debilitando la luz demasiado viva del sol, cuyos rayos se quebraban, antes de penetrar, en los pliegues y bordaduras de un cortinaje de muselina de la India. A través de su velo diáfano, de distinguian los arbustos de un terrado, especie de jardin en que noviembre dejaba aun alguna verdura tardía.

La habitacion era de regulares dimensiones. Reinaba en ella una atmósfera tibia, dulcemente perfumada. A su umbral espiraban todos los ruidos de fuera. A mano dorecha aparecian medio abiertas las cortinas de una al-

coba. A la izquierda, una cavidad de la misma forma que la alcoba, y colgada de un modo exactamente igual, dejaba ver un reclinatorio de ébano, sobre el que reposaba un misal guarnecido de terciopelo y oro. Algunos magníficos cuadros colgaban sobre la seda de las paredes. En el espacio comprendido entre dos de estos lienzos, que un inteligente hubiera cubierto de oro, habia en un pequeño nicho dos castañuelas de ébano y un puñalito, cuyo fino cincelado resplandecía con la luz de la mañana.

La alcoba estaba oscura. Nada podia distinguirse en su interior. Pero entre el silencio completo de aquella estancia podia percibirse distintamente la respiracion débil y regular de una persona dormida...

Una puerta perdida entre las colgaduras de un pequeño oratorio, se abrió dulcemente, y una muger colocó con precaucion su pié delicado sobre la alfombra de aquella estancia.

Era alta, y el movimiento que ella hizo para empujar la puerta, bastó á manifestar la gracia esquisita de su talle. Tenia un vestido de mañana, una especie de bata con listas negras cuyos pliegues solo estaban sujetos por un cordón á su cintura, y un broche á su garganta. Este vestido cubria completamente sus

hombros y su pecho. De entre aquellos pliegues negligentemente abandonados, pero que no podían ocultar del todo la noble hermosura de un busto de reina, se destacaba una garganta pura, flexible, armoniosa, sobre la que flotaban profusamente los suaves bucles de una admirable cabellera negra.

El semblante de aquella mujer aparecía entre la sombra. Sus facciones espresivas y correctas se presentaban vagamente, iluminadas por el rayo sombrío de dos grandes ojos azules, cuya mirada extraña penetraba hasta el fondo del corazón.

Paróse junto al umbral; escuchó atentamente. Su actitud tímida y observadora, contrastaba sobremanera con el soberbio carácter de su imperial hermosura.

En tanto que escuchaba, su seno mecía dulcemente la seda estremecida de su vestido. El ruido casi imperceptible de la alcoba llegó hasta ella. Se hubiera dicho que aquel aliento atraía su alma con una fuerza irresistible. Ella apoyó sus dos manos sobre el corazón...

Dió algunos paseos. Su pié resvalaba silenciosamente sobre la alfombra. En sus movimientos se veía esa gracia vigorosa de la pantera, cuando se arrastra por el suelo... Detúvose otra vez, para escuchar de nuevo.

Se hallaba en medio de la habitacion. La luz penetrando débilmente por entre los ricos cortinages de seda, la heria de costado. Las perfecciones infinitas de su cuerpo admirable estaban iluminadas del todo, al paso que su rostro permanecia oscurecido por la sombra de sus cabellos.

Hubo un momento en que su frente se inclinó con aire pensativo. Despues echóse hacia atrás, con un movimiento brusco, la orgullosa profusion de sus cabellos, cuyos bucles estremecidos entrechocaron sus móviles espirales. Se hubiera dicho que dos rayos se deslizaban fugitivos y cambiantes por entre aquellas ondas hechiceras... La luz heria entonces de lleno sus facciones. Su frente brillaba... Todo parecia resplandecer alrededor de ella...

Alli estaba la poesía de la hermosura, de la hermosura ardiente, apasionada, pero pública, tímida, orgullosa, y desnuda de otro adorno que no fuese su mágica aureola.

Habia como una especie de atraccion fatal en aquella mirada profunda y dulce; aquella celestial sonrisa dominaba al alma, deslumbrada por su mágica seductora.

Era aquella una obra maestra de la mano de Dios. Vosotros la habeis soñado así alguna vez, en el primer momento del amor, que ci-

ne una celeste aureola á la frente de la muger amada.

Ella estaba tan hermosa, mas hermosa todavía que vuestro querido recuerdo, mas hermosa que esa imágen grabada siempre en el fondo de vuestro corazon y que os sonrie dulcemente en vuestros ensueños.

Aquella muger tenia por nombre la Baronesa de Roye. Aquella muger era Cármen....

Cármen levantó las cortinas de la alcoba. Un débil reflejo penetró entonces detrás de ella iluminando tibiamente el semblante de Gaston dormido.

Su sueño era tranquilo. La fatiga de una noche dolorosa que se habia seguido á un dia de estenuacion física y turbacion moral, la sangre que habia perdido por su herida, el silencio, todo, en fin, contribuia á dar profunda tranquilidad á un sueño de que tanto habia menester el último de los Maillepré. La agitacion de la noche habia descompuesto las guarniciones de la cama. Gaston mismo conservaba todavía la actitud tomada por él en lo mas violento de su fiebre. Se hallaba casi atravesado sobre la cama y su cabeza pendia por fuera del almohadon con guarniciones de encage. Uno de sus brazos estaba doblado sobre su pecho; el otro estaba levantado y sostenia su cabeza desapareciendo ca-

si del todo entre la mullida redondez de los almohadones.

Le contempló Cármen conteniendo su respiración. Su boca se entreabrió sin proferir el menor sonido, y apareció en sus labios una sonrisa tierna; como la sonrisa de una madre junto á la cama de su hijo, como la sonrisa del ángel bendito de nuestra guarda, que vela á la derecha de nuestro corazón.

¿No volaban dulces sueños, desde aquel radiante rostro que se inclinaba tiernamente hablando de amor, no volaban dulces sueños á la mente de Gaston dormido?... No sentía Gaston aquel aliento suave que resvalaba por sus sienes abrasadas aun por la pasada fiebre?...

No soñaba siquiera que había una hada benéfica que ajitaba las alas de oro sobre la cabecera de su cama, y de cuyo ramillete deshojado eran las flores que acariciaban dulcemente sus mejillas?...

Aquella era una escena de magnetismo extraño. Gaston dejó ver entre sus labios una dulce sonrisa, á que contestó la mágica sonrisa de Cármen.

Y entretanto, visiones encantadoras arrullaban el sueño del herido; sus mejillas se coloraban; su mano se abrió y cerróse luego, como para estrechar una mano amada.

La mano de Cármen arrastrada por una atracción irresistible, adelantóse lentamente y se puso sobre los dedos de Gaston.

Este contacto la hizo estremecerse. Su hermosa palidez dió lugar un vivo encarnado que descendió desde sus mejillas hasta su cuello.

Su palidez volvió despues á presentarse, mas mate todavia. Sus ojos secos ocultaron su brillo. Sus pupilas reflejaron una languidez estática... Y aun entonees, al inclinarse así bajo el peso del deleite que la subyugaba del todo, Cármen conservaba una aureola de pudor. Aquella era la espresion del amor violento de una virgen, pura tal vez por demasiado tiempo, á quien la pasion abate y aniquila...

Gaston balbuceó... Cármen aplicó su oído atento.

—Santa!... murmuró Gaston.

Cármen retiró su mano de entre las del joven dormido y enderezóse fria, helada.

—Santa!... repitió ella; siempre Santa!... Oh! cuánto la ama! y qué feliz debe ser ella!...

Cruzó Cármen sus brazos sobre el pecho. Bajó sus párpados. La tristeza, una tristeza profunda y amarga habia estinguido el brillo deslumbrante de sus ojos.

Permaneció por largo tiempo en esta ac-

titud, y en tanto que sus ojos estaban fijos en el suelo, un sin número de sentimientos agitaban su corazón, pintándose vivamente en su fisonomía.

Celos; odio, amenaza; pero amor sobre todo, amor! En lo mas terrible de su saña, el amor la subyugaba, humillándola sumisa, y desvaneciéndose en lágrimas silenciosas la expresión hostil y amenazante de su mirada...

Avanzaba el día. Los pajarillos cantaban en las ramas escarchadas de los árboles del terrado. El sol, que no podía penetrar el velo opuesto á su paso por las cortinas, introducía sus resplandores por los claros de la tela, bañando los objetos con una luz dulce y templada.

Bajo el arco formado por el cortinaje de la alcoba, solo se distinguía el blanco semblante de Carmen; destacándose sobre un fondo oscuro, como esas figuras celestes que Caravage arrojaba sobre sus lienzos sombríos, y que parecían reflejar un resplandor de ellas mismas, como los astros en el oscuro pabellón de la noche.

Al levantar de nuevo sus largas pestañas, la mirada de Carmen se fijó en el espejo colocado enfrente de ella, y contempló sus facciones encantadoras, iluminadas ellas solas entre la densa oscuridad de la alcoba. Su cabe-

za se elevó entonces, y una espresion de orgullosa alegría iluminó su frente.

—Esta Santa, murmuró con una especie de candorosa gratitud; no puede ser mas hermosa que yo!... Dios mio! gracias! gracias por la beldad de que me habeis dotado!...

Volvióse hácia Gaston é inclinóse nuevamente á contemplar su sueño.

Gaston se estremeció. Sus labios se entreabrieron con una sonrisa. La sangre daba colores á sus mejillas. Se hubiera dicho que la mirada de Cármén, por un misterioso poder, apresuraba en él el curso de la vida...

El aliento de Gaston comenzó á sentirse irregular y confuso. Entre sus labios resonó un dulcísimo quejido. El joven estendió hácia adelante sus dos brazos que temblaban...

Cármén temblaba tambien... Su cuerpo flexible onduló un instante y fué á perderse entre los brazos abiertos de Gaston. Gaston la asió con afán y la apretó contra su pecho. Sus bocas se tocaron... Cármén, moribunda, cayó de rodillas.

Gaston acababa de despertar y la miraba con avidez.

—Mi sueño! dijo; mi hermoso sueño... Vos... vos sois la que yo veia!... Venís acaso del cielo?...

Cármén entreabrió sus ojos. Una sonri-

sa imperceptible vagaba entre sus labios descoloridos. Cármen no dijo una palabra.

Juntó sus manos, y apoyó su cabeza en la seda del lecho.

Y, á través de sus largas pestañas, por la abertura de sus párpados á medio cerrar, su mirada sumisa y esclava acariciaba á Gaston demandándole amor.

Cármen estaba sentada á la cabecera del enfermo.

Una hora habia transcurrido.

—Mi herida no vale nada, dijo Gaston; señora, yo no puedo disfrutar por mas tiempo vuestra generosa hospitalidad... Mi hermana debe sufrir mucho aguardándome...

—Cómo se llama vuestra hermana? preguntó Cármen.

—Se llama Santa.

—Santa!... Santa!... exclamó Cármen con el corazon inundado de loca alegria; sois hermano de Santa... oh! gracias!... yo creia... mas ahora la amo con todo mi corazon!.....

—Pobre Santa!... repuso Gaston; habrá llorado mucho desde ayer, señora... somos solos en el mundo... solos dos para amarnos... ella y yo... Si supiérais qué tesoro de ternura angelical se encierra en el fondo de su corazon!...

— Es vuestra hermana, dijo Cármén; yo seré su amiga...

Gaston meció la cabeza y bajó los ojos. Su voz tomó una inflexion firme y dolorosa.

— Acabais de hacerme saber á quién debo estos cuidados, esta hospitalidad generosa que se ha prodigado al infeliz herido, respondió él; vos sois la Baronesa de Roye... la hermana del Marqués de Maillepré, mi adversario... Oh! señora, creed que mi corazon está lleno de respeto y gratitud hácia vos... pero Santa es una obrera, como yo soy tambien un pobre artesano, yo... qué relaciones son posibles entre una gran señora y nosotros?...

Cármén tardó algunos segundos en responder.

— Le aborreceis!... murmuró al fin; y no podeis perdonarme el crimen de ser su hermana!...

Gaston se sonrojó.

— Entre él y yo, señora, respondió aquel con una voz que hacia temblar su emocion; entre él y yo, mediará en adelante vuestro recuerdo... Yo le aborrecia... Oh! y tenia hartas razones para aborrecerle, señora!... Pero, os he visto... creo que al fin olvidaré mi rencor...

La hermosa Baronesa le dió las gracias en

voz baja. Siguióse un instante de silencio.

Gaston no habia amado jamás. Cármen habia amado una vez; pero de otra manera muy diferente.

Gaston sentia su alma turbada y enterrecida. La pasion tomaba cuerpo en su corazon, sin que él mismo pudiera darse cuenta de ello. Aquella pasion encadenaba su corazon, que aun no queria creer lo que pasaba por él.

Cármen sabia la existencia de su amor, porque se hallaba dominada, vencida por él completamente; porque se habia desencadenado en ella una tempestad de corazon y de los sentidos; porque nada existia ya en ella que no respirase amor. Y este amor repentino, violento y profundo, habia llenado su espíritu de confusiones.

Habia pasado Cármen toda la noche meditando y fluctuando en un piélago de dudas. Porque el crimen y las vicisitudes azarosas de su vida la habian conservado virgen y pura.

Habia hecho muchas veces el papel de amante, habia jugado muchas veces con el amor. Madama la Baronesa de Roye habia visto á sus pies muchos adoradores esclavizados. Y cuántas mugeres habia enamorado en su vida el Marqués Salvage!... Pero ningun hom-

bre habia sabido encontrar el camino de insinuarse en aquel corazon altanero y caprichoso en medio de su poderoso vigor. Todos habian pasado sin fijar la mirada indiferente de la Baronesa. Ella habia convertido á unos en un adorno de sus salones, y á otros en un juguete de sus caprichos.

Y á todas las mugeres vencidas por el encanto extraño de que se hallaba adornado el Marqués Salvage, este las habia convertido tambien á unas en adorno y á otras en juguete.

Ningun hombre habia llegado á poseer á aquella muger; y aquel hombre habia vencido, dominado á todas las mugeres, desdenándose despues de aprovecharse de su victoria.

Una vez, una sola vez habia latido su corazon, al comprender con asombro la impaciencia deliciosa de los desess.

El habia pasado largas horas de desvario, y el nombre de Maria de Varannes se habia llegado á grabar en el fondo de su alma. Porque Maria era muy hermosa y muy pura! porque en sus tristes y dolorosas miradas se leia que su amor la costaba muchísimas lágrimas!

Pobre Maria! El Marqués la veia orar... y la veia elevar al cielo sus plegarias tan

santamente!... se parecia ella tan poco á las demas mugeres!...

El Marqués la ofreció su amor; la persiguió con sus obsequios... pero retrocedió á vista de las lágrimas de la esposa vencida, que juntaba sus manos y pedia merced al amor...

No era aquella una de esas pasiones desenfrenadas que arrastran el corazon y rompen todas las barreras; era mas bien la ternura de un caballero para con su dama, ese sentimiento firme y dulce á la vez, que es un medio entre la amistad de un hermano y el delirio arrebatado de un amante....

Una noche, como sabemos ya, el Marqués llevando del brazo á la misma María de Varrannes, vió por primera vez á Gaston.

Aquel fué un golpe extraño para el Marqués. Sintió despertarse en él otra alma. Revelóse en él su verdadera naturaleza. Por delante de sus ojos estendióse un velo sombrío...

Y madama la Baronesa estuvo en vela toda aquella noche.

Aquella criatura fuerte y poderosa, Carmen, que vencía el brazo y el corazon de los hombres, quiso buscar un refugio en su propia energía. Carmen estaba ya desnuda de su energía.

Tenia sin duda harta razon para decirse:

—El vestido de una muger no puede cambiar el sexo de un hombre.

Quería llamar á sí la imágen de Maria de Varannes. Y era la imágen de Gaston la que venia á su memoria. Y su corazon flaqueaba, su corazon tan fuerte y tan vigoroso! sus labios proferian palabras apasionadas. Su razon se perturbaba. Una fiebre cruel la volvía loca...

El dia naciente la infundió de nuevo su valor. Cármen pisoteó sus vestidos de muger, que le parecían un odioso disfraz desde aquel momento. Y vistióse con un estremecimiento de orgullo el trage que la convertía de nuevo en un hombre.

El Marqués salvaje elevó su frente soberbia y arrogante. Lejos de él los terrores de la noche!...

Aquel fue el dia en que, esforzándose á ser solícito y diligente, obtuvo una cita sin testigos con Maria de Varannes.

La casualidad condujo á Gaston por su camino; el Marqués le arrojó su bolsillo y su tarjeta sin conocerle. Despues partió al galope, porque detrás seguía otro carruaje conocido, en el que venia la mirada inquisitorial de Diana de Baulnes...

Ya sabemos el resultado de aquel encuentro. Gaston se dirigió al palacio del Marqués

y provocó á este. Tal vez el Marqués hubiera soportado el insulto sin enojarse, pero Maria de Varannes estaba allí muy cerca, Maria de Varannes que estremecida de terror escuchaba y veia aquel ultraje...

Y luego, el Marqués sentia en aquel momento un odio furioso contra Gaston. Se acordaba de la noche. Estaba poseido de vergüenza, y un vago terror flotaba todavia alrededor de su espiritu. Y Gaston era quien habia producido aquella turbacion, quien habia inflamado aquella fiebre de delirio. Necesitaba la muerte de Gaston.

Durante todo aquel dia, estuvo poseido de una especie de escitacion desasosegada, que le salvó de sí mismo. Mostróse jovial y divertido. El *raout* de madama de Pontlevau le vió aun mas hechicero que de ordinario. El Marqués desplegó la mayor solicitud y ternura al lado de Maria de Varannes. Y verdaderamente que desplegó tambien una frialdad admirable al tomar con Duchesnel y Josepin sus medidas para el duelo del dia siguiente.... Pero la noche, oh! fue una noche de mortales angustias! de amor apasionado y loco! de esperanzas insensatas!...

Cármén palidecia... y estaba muy hermosa al resplandor de su lámpara nocturna! Si; estaba muy hermosa, con sus ojos fijos en el

suelo, con sus labios descoloridos y sus sienes estremecidas bajo la madeja desatada de sus largos cabellos negros. Y estaba pensativa en una actitud encantadora. Su cuerpo admirable se estremecía al aliento helado del terror, y sus ojos se cerraban por no ver una vision que la llenaba de espanto...

—Le mataré, se decia; mañana nos veremos, espada contra espada... Fuerza será que yo le mate!...

Y sus ojos brillaban al revolver este pensamiento de venganza. Y ella se enderezaba á despecho de su fatiga.

Despues su frente se inclinaba de nuevo.

—Matarle! Dios mio! matarle!... murmuraba estremeciéndose; tan joven!... tan hermoso!... tan querido!...

Y sus dos manos apretaban convulsivamente su cabeza próxima á estallar.

Al cabo se durmió agoviada de debilidad y de cansancio. Sueños estraños fueron á perturbar su reposo, aumentando y prolongandolas angustias de su vigila. Dolorosos gemidos brotaban de sus labios; la fiebre la devoraba...

Se hallaba sobre la cumbre de una sierra de España. Delante de ella habia una vieja vestida de un modo estraño, con el semblante arado por mil arrugas amarillas... Y Yahbel

ella decía: «Infante, tú serás hermoso... pero serás mas hermosa.... Tienes dos corazones?...»

Despues, se veia, durante una noche oscura, en una garganta de las montañas de Escocia, delante de un anciano de elevada estatura, y de fisonomía mística y salvaje, cuyos labios se abrian para pronunciar las palabras enigmáticas y caprichosas del canto de Jan Vohr:

La sangre del hombre tiñe su alma. Es encarnada; Dios la hizo así: y blanca es el alma de la muger.

.....
De qué color es tu alma?...

Cármén se despertó sobresaltada. Tenia los cabellos esparcidos en el mayor desorden y los ojos desencajados.

—Jan Vohr! dijo ella; Jan Vohr... Yahbel... Ah! sí... yo tengo dos corazones... Dios mio! Dios mio! ocultadme mi alma!...

II.

La sonrisa de Armida.

Como ya sabemos, despues de la escena del duelo, que tuvo lugar en los cerros de *Saint-Chaumont*, M. el Marqués de Maillepré, habia arrebatado á Gaston á la vista de sus dos testigos, Romeo y Nazario, por otro nombre Dragon.

El elegante cupé de M. el Marqués se habia detenido delante del núm. 4 de la calle de Castiglione. Despues, Gaston habia sido transportado, todavia sin sentido, á la habitacion de madama la Baronesa de Roye.

Llamóse sobre la marcha á un médico. Gaston se vió rodeado de precauciones y de so-

licitudes las mas tiernas. Se hubiera dicho que una madre cariñosa velaba en torno de su lecho.

Mucho tiempo hacia ya que madama la Baronesa de Roye ocupaba el primer piso todo entero del núm. 4 de la calle de Castiglione. Habia ido á establecerse alli inmediatamente despues de la muerte de su marido, es decir, al dia siguiente de su matrimonio.

En efecto, madama de Roye, viuda casi al mismo tiempo que casada, habia perdido á su esposo algunas horas despues de la ceremonia nupcial.

Pensábase en la casa que madama de Roye habitaba de ordinario una magnifica quinta que poseía, nadie sabia donde; tal vez en Normandía, tal vez en Borgoña. Generalmente solo hacia á su casa habitacion raras y cortisimas visitas!

Casi todas las semanas, iba un hombre á preguntar por madama con una pertinacia y una paciencia infatigables. Rehusábanle la entrada, y no se le oia el menor murmullo. Este hombre era tan feo como Picio. Dejaba siempre al conserje su nombre escrito en un pedazo de papel, diciéndole al mismo tiempo:

—Tened la bondad de ofrecer mis respetos á madama la Baronesa... volveré otro dia.

El nombre escrito en el papel era Denisart.

Una semana hacia ya que iba tambien otro visitante, pero este era mas asiduo: se presentaba todos los dias. Hablaba gordo, y parecia muy enojado siempre que se le anunciaba la ausencia de madama la Baronesa...

Usaba de targetas de á franco el ciento, en las que figuraba, deslumbrante entre un manojo de rúbricas, el nombre litografiado de Roby.

Al recibir los papelitos de Denisart, madama la Baronesa hacia un gesto de disgusto que confirmaba al conserje en la ruin opinion que desde luego habia formado del infeliz escritor.

En cuanto á las targetas de Roby, todas se las entregaron á la vez, el mismo dia en que Gaston habia sido introducido en su casa, y todas juntas fueron arrojadas al fuego por aquella mano blanca y encantadora; porque indudablemente la Baronesa se hallaba ocupada, en aquel momento, de cosas mucho mas interesantes para ella.

El médico que habia sido llamado, encontró á Gaston sumido en un completo abatimiento. La herida era muy leve, pero las consecuencias de la fatiga que habia sufrido el

paciente, se presentaban amenazantes y peligrosas, y el médico prescribió los cuidados mas escrupulosos.

La Baronesa no habia entrado en su casa al mismo tiempo que Gaston, porque habia sido menester que M. el Marqués de Maillepré se despojase de sus vestidos de hombre.

Pero ya la llamemos Marqués ó Baronesa, Cármen estaba tan habituada á estos cambios repentinos, que la bastaron muy pocos momentos para su transformacion.

A nadie quiso confiar el cuidado de Gaston.

Este pasó una noche de fiebre violenta. La Baronesa veló á su cabecera.

La habitacion solo estaba iluminada por un quinqué colocado fuera de la alcoba. Mas de una vez Gaston, despertándose á medias, entrevió un hermoso semblante de muger que se inclinaba sobre su lecho contemplándole con amor.

Creíase presa de un sueño delicioso.

Pero aquella noche se habia pasado ya.

Mas de una hora hacia que Gaston y Cármen estaban en dulce conversacion. Sus labios pronunciaban palabras indiferentes, pero ya sus almas se hablaban de amor.

Estaba ella tan hermosa, y habia en su mirada tanto poder de seducccion! Gaston abrigaba un corazon virgen, en el que solo latia un sentimiento de ternura fraternal. Jamás la imagen evocada de una muger se habia mezclado á sus desvarios de la noche; solo el pensamiento de Santa se mezclaba á las purísimas quimeras de su sueño.

A la edad de un hombre, Gaston era todavía un niño. Su posicion dolorosamente excepcional habia sido una especie de barrera elevada alrededor de su corazon y de sus sentidos. Si alguna vez en sus agitadas vijilias habia sentido las vagas escitaciones de la inquieta juventud, no era una muger lo que el habia visto pasar entre las tinieblas de su insomnio, era la muger... Su miseria le volvía frio y feroz. Y por otra parte, podía amar un Mailepré degradado, caído de su altura?

Al dirijir sus miras á una region elevada, solo hubiera encontrado por contestacion el asombro y el desprecio; si las hubiera dirijido abajo... Es preciso decirlo, la novela predica de ordinario la confusion de las razas, y lanza su anatema de chorlito contra todo caballero que no esté dispuesto á entroncarse con una verdulera; pero en nuestra humilde opinion, un corazon noble no desciende jamás.

Seguramente seria una insensatez afirmar en nuestro siglo nivelado por tantas desgracias y por tantas miserias vergonzosas, que una alianza de esta especie es, no decimos un crimen, pero ni aun siquiera una falta reprehensible. Pero parécenos tambien muy ridiculo asegurar que es una accion á todas luces meritoria. El que un hombre se case con su lavandera, es á lo mas un suceso propio para desenredar la trama de un vaudeville. Si se llega á casar, es un hecho consumado. No hablaremos nosotros sobre ello, porque todo hecho consumado es, segun dicen, respetable. Pero, en cambio, no seamos implacables contra los pobres de espíritu que carecen del valor necesario para hacer otro tanto.

Por otra parte la generosidad cambia con frecuencia el aspecto y hasta la naturaleza de las cosas. Es indudablemente noble y bello descender de su esfera, por reparar, por pagar una deuda de honor, cuando se tienen riquezas ó se ocupa un puesto elevado en la escala social. Pero al pobre, degradado, caido de su altura, ¿quién podrá reprocharle el que se reboce salvaje y frio, entre la oscuridad de su desgracia solitaria?...

El no tiene ya el prestigio del poder, que permite á un hombre elevar hasta sí á la mu-

ger de su eleccion, en vez de descender hasta ella.

Él cree que la gloria de los antepasados es un tesoro fatal que debe depositarse intacto bajo la losa de la tumba.

Se equivoca tal vez? Si se equivoca, perdónadle su error, en gracia siquiera de su rareza... Perdonádsele, porque no hallareis en el discurso de vuestra vida muchos errores semejantes que perdonar...

Hasta entonces toda la ternura de Gaston se habia concentrado en Santa. Habíala amado á ella sola, y la habia amado apasionadamente, porque estas dulces afecciones de familia pueden llegar hasta confundirse con la pasion. Habia cifrado en ella su felicidad y hasta su esperanza. Habia llegado hasta el extremo de prometerse á sí mismo con mucha frecuencia conservar su corazon inaccesible á otro amor que no fuera el de su hermana. Pero á dónde van á parar semejantes promesas?...

La vista de la Baronesa, de aquella criatura tan perfecta, habia despertado en él de improviso todo un orden de sensaciones adormecidas. Gaston, en medio de su ignorancia de novicio, habia adivinado á la primera ojeada que la Baronesa le amaba, y habia penetrado tambien toda la profundidad de aquel sentimiento.

Pero lejos de descansar mucho tiempo en esta confianza, rechazóla muy luego lejos de sí, como un error. A medida que redoblaba su turbacion infundiendo en su alma entre placeres vagos y tumultuosos las primeras inquietudes de un amante, él solo veía lástima y compasion en la sonrisa de aquella mujer inclinada sobre su cabecera, y se asustaba del mismo desorden febril en que flotaban todos sus pensamientos. Tenia miedo de amar, y sentíase á la vez feliz y desdichado, porque á la vez gozaba y padecia.

La Baronesa acechaba con ternura aquella inquietud, queriendo leer en aquellos primeros sintomas de la pasion. Ninguno de los dos habia pronunciado aun la palabra *amor* pero todo en ellos y alrededor de ellos hacia mas elocuente este silencio.

La Baronesa se habia dado á conocer desde luego como hermana de M. el Marqués de Maillepré, á fin de esplicar una semejanza de facciones, que no hubiera podido escaparse por mucho tiempo á las miradas de Gaston, semejanza además imposible de disimular con ningun trage.

No habia puesto Gaston la menor dificultad en creerla, y la aversion que sentia contra el hermano, no habia sido bastante á disminuir la influencia poderosa que

habia ejercido la hermana en su corazon.

Tal vez, porque el amor no se cuida mucho de proceder lógicamente; y sabe encontrar en nuestras almas desusados caminos, tal vez su ódio contra el Marqués habia favorecido su simpatía por la linda Baronesa.

Esta, por su parte, habia procurado insinuarse en su corazon. A fin de alejarle de la idea de volverse sobre la marcha con su hermana, cuya imágen estaba presente sin cesar en su imaginacion, combatiendo enérgicamente las primeras inquietudes del amor que iba á dominarle muy pronto, la Baronesa le decia:

—Volvereis á ver á vuestra hermana cuando vuestra herida esté cerrada... Ahora, seria desafiar un peligro inútil... Nos hallamos muy lejos de París... Mi hermano os ha conducido hasta su castillo de Avalon en Borgoña...

—Su casti'lo de Avalon! repitió Gaston amargamente, reconociendo el nombre de una de las posesiones de su familia; estoy acaso prisionero, señora?...

—Nadie hay aqui para guardaros..... nadie mas que yo, respondió dulcemente la Baronesa.

—Pero, cómo es que yo iba en el car-

viaje de M. el Marqués? preguntó Gaston.

—Yo no lo sé... murmuró la Baronesa; si ha sido eso una casualidad...

Ella no concluyó la frase, pero el pudor de su frente explicaba muy bien su pensamiento.

Gaston no podia desechar su desconfianza, acerca del motivo de aquel extraño viaje. Pero, no habiendo recobrado sus sentidos hasta después de su llegada, no tenia ningun modo de investigar la verdad de las aserciones de la Baronesa. Aquellas ricas colgadas que le rodeaban con su elegante magnificencia, podian muy bien pertenecer á la morada de un joven fastuoso y pródigo, como lo era M. el Marqués de Maillepré.

El silencio profundo que reinaba en la habitacion y sus alrededores, parecia indicar, en efecto, la solitaria tranquilidad del campo.

Gaston se creyó en Borgoña... No podia ciertamente olvidar á su hermana, que habia sido hasta entonces su mas viva, su única afeccion en el mundo; pero Carmen era una muger encantadora, á la que nadie sabia resistir. Gaston, sin darse cuenta de ello, se apresuró á aceptar aquel pretesto que le alejaba por algun tiempo de su presencia.

La conciencia tiene tambien sus sofismas. Se engaña á sí misma muchas veces, hacién-

dose cómplice del deseo.

El médico habia declarado que un segundo viage en coche, emprendido inmediatamente, presentaba grave peligro: Gaston encontró respuestas que oponer á los sordos reproches de su corazon, que le representaban á Santa abatida, llena de inquietud, abandonada, y que hacia llegar hasta él como el eco de sus sollozos y gemidos. Y no volvió á pronunciar una palabra acerca de partir rquel dia.

Recibió con gratitud la indicacion de la Baronesa, que le proponia el medio de tranquilizar á Santa con una linea de su mano. La Baronesa escribió ella misma aquel billete cuya lectura debia producir tanta alegria á los amigos de Gaston, y cambiar en esperanza el amargo desaliento de la pobre Santa.

—Mañana, se decia Gaston, partiré... mi querida hermanita!... Quién sería bastante á detenerme por mas tiempo lejos de ella? . . .

A la mañana siguiente, qué hermosa aparecia la sonrisa de Cármén!... Y qué dulce arrobamiento se pintaba en la frente de Gaston, aquella frente en que el color de la vida luchaba aun con un resto de palidez!

Ya no mediaban secretos entre los dos. Ya se entendian; ya se amaban de un modo manifiesto.

El encanto que se estendia alrededor de Carmen, influia con una fuerza irresistible. Era una especie de voluptuosa aureola, en donde resplandecian un sin número de atractivos, todos poderosos. Se hubiera podido decir que el amor que sentia aquella muger por primera vez, habia redoblado sus encantos seductores...

Era muy hermosa: pero su deslumbrante beldad se embellecia mas aun con su ventura.

Gaston la contemplaba estático. Juntábanse mutuamente sus manos, se hablaban sus ojos, y sus sonrisas se mezclaban en recíprocas caricias.

Gaston, subyugado, perdido enteramente, no vivia ya en si mismo, sino en ella. Su voluntad no tenia ya poder; su inteligencia solo se ocupaba de amor, y todo su sér se doblegaba oprimido por aquella pasion desconocida...

Y su juventud, despertando de improviso, le hacia olvidar la helada timidez de su desgracia. Gaston resucitaba, por decirlo así, de su mortal embotamiento. Su mal no existia ya. Su pecho, oprimido poco antes, se ensanchaba al aliento vivificante de una atmósfera de delicias. Un calor nuevo y desconocido, hacia fluir de sus huesos la savia de la juventud.

La sangre se fundia en sus venas, que se hin-
chaban de ardor y de fuerza.

No era aquello la vana escitacion de una
fiebre que pasa y que deja tras de sí un doble
crecimiento de fatiga. Aquello era el gérmen
de la vida. Gaston renacia. Amaba!

Cármén adoraba. Oh! Cármén! qué pala-
bras bastarian á pintar la muda felicidad de
su éxtasis encarnado! Su amor escedia al de
Gaston en toda la fuerza superior de su natu-
raleza.

Aquella era una pasion á la vez arrebatada
y sumisa, ardiente y pasiva hasta rayar en
esclavitud, llena de delicadeza y de admira-
cion hácia el objeto amado! cariñosa como la
ternura de una madre, pero celosa como el
capricho de una querida. Era un amor sua-
ve, impregnado de un perfume de esquisita
poesía; era un amor inmenso, ardiente, que
hubiera destrozado el alma de una criatura
vulgar, como el licor que fermenta en un fras-
co, hace estallar las frágiles paredes de su
prision....

..... Gaston bajó los ojos. Una nube
sombria oscureció su sonrisa.

—Os amo, dijo, oh! sí... os amo con todo
mi corazon.... Pero á dónde puede conducir-
nos este amor?...

—Yo soy libre, respondió la Baronesa.

Gaston dejó caer su cabeza sobre el almohadon. Por un instante apareció en su rostro esa frialdad altanera que era en otro tiempo su espresion habitual.

—Yo.... yo soy pobre..... murmuró este.

Entonces fue la Baronesa la que bajó los ojos con aire de tristeza.

—Vos sois muy rica... continuó Gaston, muy rica!... Dios es testigo de que me habeis dado mucho placer... tanto placer que mi pobre corazon ha debido comprimir sus latidos y morir de felicidad, cuando os he escuchado decir: Yo os amo... Ah! señora!... sentirse de improviso tan feliz, despues de haber sufrido tanto, de haber sufrido siempre!...

Interrumpióse al llegar aqui, y añadió con un acento de resignacion austera:

—Pero yo soy pobre!...

Las mejillas de la Baronesa se habian cubierto de rubor. Sus ojos brillaban bajo la linea sedosa de sus largas pestañas caidas. Aquel era un rubor que ella hacia los mayores esfuerzos por ocultar ó combatir.

Cármén estrechó las manos de Gaston entre las suyas... Vaciló por espacio de un segundo. Despues, estampó un beso timido sobre aquella mano descolorida.

—Es necesario que seais generoso, dijo ella, y que me perdoneis el que yo sea rica.

Gaston volvió á ella sus ojos con espresion de ternura y reconocimiento; pero nada respondió.

—Qué es la fortuna, repuso Cármen con entusiasmo, al lado de vuestro amor!... La fortuna!... Oh! maldito sea el dia en que dió fin mi pobreza!... Porque yo he sido pobre tambien... pobre por espacio de mucho tiempo!...

Interrumpióse de nuevo, y continuó casi inmediatamente con precipitacion:

—Quereis saber mi vida?

Gaston se incorporó con aire de curiosidad.

—Sí, sí, respondió; hablareis, y hablareis de vos... puedo yo gozar un placer mayor?...

Pero el entusiasmo de Cármen se habia desvanecido. Parecia como dudosa y arrepentida de haber ofrecido asi la narracion de los secretos de su existencia. En sus miradas dejó de observarse la espresion de franqueza que reflejaban antes. A través de su sonrisa se echaba de ver cierto embarazo, cierta corteidad penosa...

Gaston no se apercibia de nada.

—Decidme lo que sois, repuso este; contadme todos vuestros dolores, todos vuestros placeres, para que yo conozca, para que yo ame vuestro pasado tanto como vos misma.

Cármén bajó los ojos hasta fijarlos en la alfombra. Una arruga sensible aparecía sobre la noble armonía de su despejada frente. Las líneas contraídas de su boca expresaban amargura y dolor.

—Mi pasado!... murmuró ella; hay en él dias borrascosos, en que Dios se mostró cruel contra una pobre niña... Yo quisiera olvidar aquellos dias...

Gaston sintió estremecido, helado hasta el fondo su corazon. Un vago terror se atravesó entre él y Cármén. Por la primera vez, preguntóse á sí mismo: Quién es esta muger?

—Olvidar! repitió él sin comprender del todo el sentido de sus palabras; es muy dulce recordar, cuando la felicidad ha llegado en fin, los tiempos en que la desgracia torturó el alma, sin deslucirla ni mancharla.

Cármén se estremeció, y le dirigió una mirada de espanto.

¿Abrigaba ya sospechas su corazon, aquel corazon enamorado desde el dia anterior?...

La mirada penetrante de Cármén observó el rostro de Gaston, como queriendo leer en su pensamiento. Y vió aquel temor indeciso y vago, que iba á convertirse tal vez en desconfianza. El dolor angustioso

que sintió ella entonces, no tuvo ni aun tiempo para pintarse en su fisonomía. Cubrióse al punto con una máscara de arrogante serenidad...

—Teneis razon, respondió con voz lenta y triste; pero no habeis oido hablar nunca de desgracias que humillan y envilecen?

Tan hermosa estaba, y contenian sus palabras un reproche tan amargo en medio de su altiva dulzura, que Gaston hubiera querido ponerse de rodillas para implorar perdon.

Cármén, con un gesto imperioso, impuso silencio á su arrepentimiento...

—Hace siete años, repuso ella, para tener un pedazo de pan, bailaba yo el fandango en medio de la muchedumbre en el boulevard del Temple...

Gaston la interrumpió con un grito de espanto.

Cármén se levantó, atravesó la sala, y tomó junto al puñalito de mango de oro, las castañuelas de ébano que arrojó en seguida sobre la cama...

Quedóse de pié en frente, y cruzó los brazos sobre el pecho.

Enderezóse su frente soberbia. Una reina hubiera envidiado la dignidad serena de su

actitud y de su fisonomía.

—Ved ahí! repuso ella; ese juguete que acompañó mi baile en aquellos dias en que estaba precisada á sonreirme cuando mi corazón se partía de dolor, ese juguete me recuerda todo mi pasado, que está resumido en él... No me acuseis si mis recuerdos son amargos y crueles... Yo ya no tenia padre... ya no tenia madre... y era muy joven para sufrir tan horriblemente!...



III.

Yahbel y Jan Vohr.

Pintábase elocuentemente en los ojos de Gaston su arrepentimiento.

Cármén había cobrado su asiento á la cabecera de la cama. Guardó silencio por un instante. Demasiado adelante ya para retroceder, repasaba rápidamente los días transcurridos de su existencia, para elegir aquellos que eran puros...

Tenia hartas cosas que ocultar, la mayor parte de las cuales dimanaban de un hecho solo: la muerte de Jaime Western. Y ella queria aparecer sin tacha á los ojos de Gaston. Pero queria tambien decirle la

verdad, sin engañarle nunca, á fin de que la muger que él amara fuese ella misma verdaderamente...

Una mirada furtiva la habia convencido de que toda sospecha estaba desvanecida ya en el ánimo de Gaston. Y debió recobrar valor, viendo renacer su imperio nuevamente,

—Perdon, señora, perdon! murmuró él; es que os amo tanto!...

—Llamadme Cármén, respondió la Baronesa; y decidme el nombre que os dan vuestra hermana y todos aquellos que os aman.

—Gaston, respondió este en voz baja; como vuestro hermano...

La Baronesa le miró fijamente, como si un pensamiento repentino pasase por su cabeza. Gaston tenia los ojos fijos en el suelo. En su sonrisa contraida se echaba de ver cierta amargura...

—Pero entre mí y M. el Marqués de Maillepré, añadió Gaston, esto es lo único que hay de comun.

—Gaston! repitió la Baronesa, como si soñára; os llamaré así... y quiera Dios que vuestro ódio contra mi hermano no recaiga sobre mí!

—Yo olvidaré ese ódio, dijo Gaston, en

tanto que os ame á vos, Cármen... y yo os amaré toda la vida!...

—Pero por qué ese ódio?... repuso la Baronesa con voz insinuante y cariñosa.

El herido guardó silencio.

—Por qué?... repitió la Baronesa. Gaston!... oh! qué dulce es para mí repetir este nombre!... Gaston, yo os lo ruego... decidme, qué os ha hecho mi hermano?....

Gaston no respondió palabra.

—Es necesario que yo sepa! continuó la Baronesa en un transporte apasionado; porque entre vos y mi hermano, yo no vacilaria un momento, Gaston!... Ni aun vacilaria entre vos y el resto del mundo!

—Señora, tened piedad de mí! dijo al fin el herido, que sentia flaquear su valor. Soy débil... si, muy débil estando á vuestro lado... y no comprendo que exista un sacrificio bastante á pagar vuestras dulces palabras... Gracias!... os doy gracias desde el fondo de mi corazon!... Vos me habeis hecho gozar placeres que yo no creía de la tierra... Me habeis despertado de mi oscura desgracia, y he renacido al influjo de vuestras sonrisas... Pero el secreto de mi rencor... os ruego que no me preguntéis este secreto!...

Las hermosas pestañas de la Baronesa

estremecieron su línea negra frunciéndose de una manera imperceptible... Una chispa de altivez brilló tras de sus párpados medio caídos. Se hubiera dicho que iba á abrir la boca para exigir y mandar. Pero cuando abrió sus labios, solo fué para resignarse sumisa y esclava.

—Gaston! dijo tiernamente; vuestro secreto no puede ser mas que el secreto de un corazon noble, y á mí es á quien toca ceder porque amo mas... Pero, añadió con una jovialidad tanto mas encantadora, cuanto que ocultaba una emocion profunda, yo os adivinaré.

Acercó su sillón hasta tocar con la cama, y alargó su mano á Gaston, que la llevó á sus labios.

—Ahora, repuso Cármen, escuchadme... Nada os pido en pago de mi confianza... Soy vuestra... Mi secreto os pertenece todo entero.

Detúvose á meditar un momento, con la frente inclinada y los ojos fijos.

Después dijo:

—«Vos sois pobre y habeis sufrido mucho... Pero ha igualado á la mía vuestra miseria?... Yo... yo soy hija de la casualidad. Mi patrimonio fué la limosna...

»Mi país... yo no sé dónde he nacido,

Gaston. Mi padre era un gitano de Escocia, mi madre una gitana de España... Dónde se encontraron el gitano y la gitana?... Nadie se ha tomado nunca la pena de decirme lo...

»Mi padre era fuerte y atrevido. Llamábase Kaleb. Mi madre era muy hermosa... Nombrábanla Dolores.

»Mi padre me llamaba Flamy, mi madre Carmen.

»Ella pronunciaba este nombre muy dulcemente... Pero vuestra voz es todavía mas dulce que la de mi madre.

»Recuerdo vagamente los días de mi infancia. Dolores me conducía sobre su espalda en una especie de hamaca hecha con su pañuelo de lana. Así cruzábamos grandes países.

»Kaleb saltaba en las plazas públicas. Hacía juegos, transformaciones de magia, domaba los caballos viciosos y vendía amuletos á los picadores.

»Dolores cantaba pasando sus dedos sobre las cuerdas de la guitarra, de donde salía una armonía confusa y débil. Bailaba, mostrando á los señores su hermoso talle, que ella encorbaba y mecia en la jota ó el bolero, sonriéndose al son de los cascabeles de su pandero...

» Los señores la hablaban al oído. Kaleb escuchaba atentamente lo que la decían los señores.

» Amaba á Dolores como se ama bajo los rayos del sol ardiente de España, como se ama cuando se abriga en las venas esa sangre de Egipto que fermenta y arde...»

Las pupilas de la Baronesa extinguieron su brillo diamantino entre la húmeda languidez de una larga mirada que abrasó la frente de Gaston.

Gaston escuchaba. Su pensamiento se agitaba indeciso y confuso. Su corazón se sentía arrastrado hácia aquella muger tan hermosa que hablaba de sus desgracias.

Pero habia tambien en él alguna cosa desconocida que se rebelaba contra aquel amor, que combatia su invencible poder. Era tal vez el orgullo de la sangre de los caballeros, que rechazaba el desdoro de la sangre pagana?...

Gaston escuchaba. Su alma sufría con aquella relacion que le encantaba...

El placer que sentía al oír á la Baronesa tenia como una especie de reverso amargo y desabrido. Era una emocion múltiple en la que no hubiérais podido discernir el disgusto de la alegría, en donde la amargura se mezclaba á un placer inefable.

Pero, en medio de estos mudos combates, la pasión crecía, y apegaba sus raíces en lo mas profundo del corazón.

Gaston amaba. Carmen le ocupaba enteramente. Amaba tanto, que el pobre recuerdo de Santa llamaba en vano al dintel de su memoria.

Oh! sí; habia una magia irresistible en la adoración de aquella arrogante criatura, humillando su soberbia, prosternándose esclava á los pies de su vencedor!...

Asombrado Gaston, atormentado vagamente por sordas desconfianzas, pero subyugado al mismo tiempo, desvanecido, dejaba volar libremente á su alma, que ya no tenia fuerzas para defenderse.

La mirada de Carmen le arrancó un suspiro de éxtasis.

Ella continuó:

«Kaleb amaba á Dolores como yo os amo, Gaston... Era muy celoso y muchas veces su negro puñal salía de su larga vaina, cuando los señores se acercaban demasiado á la gitana, y hacían enrojecer sus doradas mejillas...

»Nuestra vida era un largo viaje. Nosotros no formábamos parte de ninguna tribu. Éramos solo los tres...»

—Y vuestro hermano? interrumpió Gaston.

La Baronesa se estremeció y abrió sus ojos desencajados con muestras de un verdadero terror. Habia estado á punto de hacerse traicion. Algunas palabras mas, y el misterio que ella queria esconder en el fondo de su alma estaba completamente descubierto. Pero aun era ocasion.

Apenas tuvo tiempo Gaston para apercibirse de la súbita palidez que habia cubierto las mejillas de Cármen. Volvió ella sobre sí por un esfuerzo poderoso, y respondió:

—Mi hermano es mas joven que yo... Os estoy hablando de mi primera infancia... Entonces éramos solos los tres...

La respuesta de la Baronesa hubiera podido disipar una sospecha bien motivada, y Gaston no tenia sospechas sobre aquel punto.

El Marqués de Maillepré parecia, en efecto, mas joven que la Baronesa. Ya se sabe que el traje masculino quita siempre algunos años al rostro de una muger, del mismo modo que el hombre envejece tambien al quererse disfrazar con los vestidos del otro sexo.

—«En aquel tiempo, continuó la Baronesa, tenia yo hambre algunas veces y frio con muchísima frecuencia, pero era feliz. Kaleb y Dolores me amaban igualmente. Yo era el lazo que les unia en sus discensiones violentas,

cuyos tristes escesos procuraban ocultarme con el mayor afán. Delante de mí se hablaban con la mayor dulzura. Cuando Dolores llegaba á fatigarse, durante los largos viajes, Kaleb tomaba el pañuelo que me servía de cuna y me conducía á su turno.

».....Yo no sé.... Todas estas cosas están confundidas en mi memoria. Dolores decía la buenaventura y formaba horóscopos.. Creo recordar todavía que un fraile la amenazó con la hoguera. Partimos para Escocia.

»Ah! yo lloré mucho al dejar el hermoso sol de España. Las frías nieblas helaron las sonrisas de mi boca. Yo sentía temblar la espalda de mi madre al contacto de las malezas selváticas que borran la senda del viajero en los bosques de Escocia....

»Y yo tenía miedo de aquellos hombres de pierna desnuda, trapeados de mil colores, y cuya mirada se fijaba en nosotros grave y severa.

»Estábamos en el país de mi padre, que encontró á sus hermanos en la montaña.

»Dolores iba perdiendo el color. Ya no se sonreía como en otros tiempos cantando sus graciosas tonadas de Sevilla ó Madrid.

»Gaston, esos pobres seres que viven y mueren llevando siempre tras de sí el desprecio del mundo no tienen patria, pero tienen

un corazon...

» Yo crecía. Nuestra cabaña era muy triste. Mi madre no tenía mas consuelo que yo...»

— Pero, interrumpió Gaston, como si hubie-
ra querido buscar en un pensamiento de odio
un refugio contra el amor que aniquilaba su
alma; pero, y vuestro hermano?...

Se olvidaba siempre la Baronesa de esta
circunstancia. Estaba su corazon hártito con-
movido para no engolfarse siempre en la ver-
dad.

La Baronesa se mordió los labios, con un
movimiento fugitivo de impaciencia...

— «Mi hermano acababa de nacer, respon-
dió ella; Kaleb se encontraba muy bien en
Escocia; pero Dolores lloraba mucho.. Volvi-
monos á España de donde fuimos arrojados de
nuevo.

» Asi pasaron los años de mi infancia, Gas-
ton... En largos viajes en que nuestra pobre-
za solo encontraba por todas partes fatiga y
obstáculos.

» En todas partes la limosna humillante ó la
repulsa desdeñosa.

» En ninguna esa hospitalidad cordial que
dá reposo y consuelo...

» Yo estaba ya en edad de pensar y me de-
cía á mí misma:

— «Qué han hecho mis padres para estar

siempre á merced de los otros hombres?

» Despues lo he sabido, en la época en que un sacerdote de Murcia me habló de Dios por primera vez.

» Mis padres no veian nada mas allá del azul del cielo. No tenian idea de lo justo y de lo injusto.

» Su única ley era el temor del castigo: los bienes de los demas eran los suyos. Despues de este mundo no habia para ellos otra vida.

» Pasó mi infancia en medio de esas prácticas secretas, con cuyo auxilio quieren penetrar el porvenir los seres de mi raza. En España habia adivinatoras; en Escocia, ademias de los zingaros, veia yo esas criaturas estrañas, que son diferentes de los demas hombres.

» Yo creia en su poder; y cómo no creer cuandolos acontecimientos vienen á agruparse dócilmente segun el órden de sus predicciones?...

» Una noche... yo tenia entonces ocho años; habitábamos una cabaña á las orillas de un rio; Kaleb y Dolores me habian dejado sola... Una anciana de nuestra raza fué á llamar á la puerta y pidióme hospitalidad.

» La anciana me saludó en esa lengua que solo hablamos nosotros, y me dijo:

—» Me llamo Yahbel, y soy la madre de tu madre.

» Yo la recibí con respeto, y la ofrecí las pobres provisiones que habia en la cabaña.

» Tocó con sus labios arrugados y oscurecidos el pan y el agua que yo le servia: no quiso leche ni aceitunas.

» Despues me hizo poner enfrente de ella, y apoyó sus ojos hundidos sobre mis párpados, que se cerraban con temor.

—» Infante, dijo; tú serás muy hermoso... pero serás mas hermosa...»

Cármén interrumpió su narracion y dejó caer su rostro descolorido entre sus manos.

Gaston la escuchaba sin comprenderla.

—«Si, continuó la Baronesa, con una voz ronca y casi ahogada, Yahbel me dijo esto...

» Y me dijo tambien: Tú serás rico, infante... mas rico que un Grande de España cubierto y sentado en presencia del Rey...

» Gaston! Gaston! esta es una cosa estraña y horrible!

» Paréceme que estoy viendo todavia los ojos de Yahbel... paréceme que los siento pesar aun frios y penetrantes sobre mi frente desvanecida...

» ¿Quién puede dar á un sér humano el poder de penetrar el porvenir?

» Yahbel salió de la cabaña murmurando la

bendicion de nuestro pueblo, en la que no suena el nombre de Dios. Yo la ví perderse entre las sombras en la orilla del rio. Desde entonces no he vuelto á ver jamás á Yahbel.»

Cármén levantó al cielo sus hermosos ojos: parecia como perdida entre las quimeras de un sueño.

«Y Jan Vohr... continuó en seguida; Esto fué mucho tiempo despues... Yo tenia entonces mas de diez años... Estábamos en Escocia, en las montañas de Glenarchy. Mi padre habia pedido hospitalidad por una noche á un highlander, cuya casa negra y vieja estaba como suspendida entre los árboles encima de un lago muy hondo y recogido.

»Kaleb y Dolores acostumbraban á olvidar su miseria en la embriaguez. Bebieron aquella noche del escubaugh del highlander y cayeron entrambos en un profundo sueño. Jan Vohr el highlander me tomó de la mano y besóme estremecido; estendió su plaid por cima de mi cabeza, y me miró como en otro tiempo me habia mirado Yahbel.

»Largo espacio me contempló de esta manera.

»Despues su voz que no parecia de este mundo, comenzó á cantar sorda y lentamente unos versos místicos cuya significacion se escapaba á mi inteligencia.

»Pero el canto todo entero ya no era incomprensible.

»Después de las primeras estrofas, cuyas palabras oscuras parecían repetir lo que me había dicho Yahbel, vinieron otras que me anunciaban claramente fortuna y poder.

»Estas cosas son del número de aquellas que nunca se olvidan. Gaston, porque al lado de la promesa había también una horrible amenaza...»

Cármén vaciló un momento, y una expresión de disgusto oscureció su hermosa fisonomía.

—«La promesa se ha cumplido, murmuró después; la amenaza...»

Interrumpióse de nuevo y miró á Gaston, que hacía vanos esfuerzos por seguir el hilo de aquella caprichosa narración.

En los ojos de Cármén estaba pintado el espanto.

—Pero á dónde voy á parar, repuso esta afectando un tono de ligereza y esforzándose á sonreír; á dónde voy á parar hablandoos de estas cosas?... Vos os hallais sobre el nivel de estas supersticiosas creencias que solo turban la vida de los espíritus ignorantes ó débiles. Yo quería refe-

riros las miserias de mi infancia y de mi juventud, y ved adonde se ha estraviado mi relación... ¿Qué os importan á vos Yahbel y Jan Vohr?

Gaston tardó algun tiempo en responder.

—Como os veian tan hermosa! dijo al fin dirijiendo á Cármen una mirada extática; adivinaban que los mas poderosos y los mas ricos se disputarian algun dia vuestra mano...

—Sí, murmuró Cármen; adivinaban!...

Estremecióse en aquel momento; su sonrisa queria luchar con la mortal palidez que se apoderaba por grados de todas sus facciones. Su sonrisa venció por fin; la palidez desapareció y ella continuó con aire jovial:

—«Pero vamos á mi miseria, cuyo recuerdo, segun vos decís, debe causarme tanta alegría...

»Mi madre estaba todavia hermosa; cada vez parecia mas encariñada con España, y mi padre, esclavo de sus deseos, afrontaba cada año los peligros que cercaban, en ese pais de fé ciega, á una raza tal vez mas desgraciada que culpable.

»Yo creo que mi madre amaba á Kaleb; pero era ligera y su beldad prodijiosa atraía á

su alrededor una multitud de señores diligentes y atrevidos.

» Mi padre sufría mucho, porque á través de los vicios que hacen la desgracia de un pueblo degradado y maldito, abrigaba un alma tan arrogante y altiva como la de un orgulloso grande de España.

» Una vez, en Segorve, mientras mi madre cantaba en la plaza, un joven oidor se acercó á ella y dióla un beso. Llevó en seguida la mano al bolsillo creyendo poder pagar con dinero su insolencia, pero no la retiró mas, y en tanto que se sonreía aun maliciosamente, el negro puñal de mi padre se hundió en sus espaldas hasta el pomo...

» Qué dichosos, Gaston, qué dichosos son aquellos que solo han visto en su juventud ejemplos que respetar! Yo... yo soy la hija de unos pobres seres degradados, porque la mano de Dios no les sostenía en su camino... Pero amaba á mis padres. Ambos hubieran sido buenos y honrados, á no haber tenido sobre sí esa marca fatal con que les habia afeado su nacimiento...

» Encerráronme en un calabozo; mis padres estaban en otra prision.

» Se habia cometido un asesinato; los culpables eran del número de esos que ni aun esperan perdón...

»Cuando salí de la cárcel, dos meses después, pregunté por mis padres.

»Enseñaronme en la plaza de Segorve, y en el mismo lugar donde se habia cometido el asesinato, cuatro hoyos ahondados para clavar allí cuatro vigas.

»Y me dijeron: Ese es el patíbulo.

»Habian dado muerte á mis padres: habian dado muerte al culpable y al inocente.

»Me hallaba sola en el mundo!...»

Cármén lloraba.

Gaston estaba profundamente conmovido.

—Me parecia imposible que yo llegase á regocijarme jamás de la existencia de ese hombre, pero bendito sea él, Cármén, porque sin él hubiérais carecido de todo consuelo!...

Es necesario no padecer para poder conservar la presencia de espíritu.

La Baronesa levantó hácia Gaston sus ojos asombrados.

—De qué hombre estais hablando?... dijo ella.

—De vuestro hermano, señora, respondió Gaston sorprendido á su vez.

Cármén bajó la cabeza y no halló en aquel momento la energia necesaria para mentir...

El bien y el mal.

Guardó la Baronesa algunos segundos de silencio antes de tomar nuevamente la palabra.

Aquellos recuerdos evocados á deshora reflejaban en su frente una espresion de dolorosa amargura.

Gaston la contemplaba en silencio. Parecia que sus miradas cariñosas iban dirigidas á compensar las angustias de Cármen. En los rasgos móviles y candorosos de su austera hermosura se veian, en cierto modo, los progresos de un amor creciente sin cesar.

Al cabo de algunos minutos, Cármen se en-

derezó sobre sí misma. Las miradas de entrambos se cruzaron: la de Cármen, dulce, reconocida y tierna, era como una acción de gracias.

—Gaston, dijo ella, cuánto os amo! A vuestro lado, no sufro... vuestra presencia basta á protegerme contra mis recuerdos horribles y crueles... Qué importa lo pasado, despues que vos me haceis tan venturosa!...

Se inclinó sobre Gaston, cuyos labios tocaron ligeramente sus hermosos cabellos. Y entrambos confundieron sus sonrisas.

Despues, Cármen retiróse confusa: porque el amor la infundia tambien una púdica timidez...

Habia tenido tiempo de reflexionar y de dar en la narracion un papel á su hermano, á aquel personaje ficticio á quien ella dedicaba la mitad de su vida.

«Me hallaba sola en el mundo, continuó; sola... porque... no era entonces mi hermano un niño?... mi hermano lloraba... Yo tenia que enjugar sus lágrimas... yo que sentia despedazado mi corazon! »Solo abrigaba un deseo, huir de España, donde creia ver por todas partes la sangre de mis padres.

»Mi hermano y yo atravesamos á pié el reino de Valencia, y el principado de Cataluña.

» Ya os he hablado, Gaston, de un sacerdote de Murcia que me habia enseñado á rogar á Dios; no estaba pues, destituida enteramente de consuelo.

» Pero cuán cruel es la soledad á los quince años, la soledad sin mas compañía que la miseria!

» Imaginad, Gaston, una pobre niña, sola con su hermanito, demasiado débil aun para defenderla, corriendo por los caminos oprimida por todas las privaciones, espuesta á toda clase de insultos.

» Nuestro viaje fué largo: mis pies se ensangrentaron muchas veces antes de llegar á la frontera.

» Pero... no sé... una vaga esperanza me daba fuerzas para caminar; iba á ver la Francia, esta Francia cuyo nombre habia resonado siempre en mis oídos como una promesa misteriosa de felicidad...

» Y luego... debo decirlo, Gaston?... Mis sueños me hablaban de fortuna y de brillantes placeres...

» Me acordaba sin cesar de Yabhel la gitana, y del anciano Jan Vohr...

» Una noche, despues de un dia entero de fatiga, vi delante de mí una vasta llanura en donde brillaban mil resplandores esparcidos en lontananza.

»Mi corazón latió fuertemente, y me detuve. Reconocí á París, la inmensa ciudad, París que iba á ser mi patria en adelante.

»Pero en París, en esa gran población que yo amaba ya sin conocerla, la hospitalidad se paga. Yo solo poseía mi pobre basquiña, mis castañuelas y mi hermosura; porque yo era hermosa entonces, Gaston, iba á cumplir diez y seis años.

»En aquella primera noche, tan cansada y rendida como estaba, me ví en la necesidad de bailar, para poder pagar mi cama y la de mi hermano, de bailar por largo tiempo, de cantar y de sonreír...

»Sonreír, Gaston, cuando se tiene el corazón lleno de lágrimas!...»

El seno de Carmen palpitó estremecido. En su voz grave y dulce habia un acento de profunda tristeza.

Los ojos de Gaston estaban humedecidos.

—Y osaba yo quejarme! murmuró este; pero hablad, seguid hablando, y contadme al instante vuestros días de felicidad...

Escuchaba Gaston aquel relato con un interés afanoso. La emoción le habia vuelto la fiebre. Sus mejillas se coloraban vivamente, y las lágrimas arrancadas á sus ojos por las quejas de Carmen, se secaron al punto entre

sus párpados abrasados...

La Baronesa agitó la cabeza, meciendo lentamente los hermosos bucles de su negra cabellera.

—Mis días de felicidad! dijo; Gaston, yo no he tenido en toda mi vida mas día feliz que este en que siento vuestra mano temblar entre la mia... Pero este solo día vale una eternidad! añadió con pasión; Dios me concede en él la felicidad de toda mi vida...

Gaston respondió; pero las palabras se trasforman al salir de los labios de los seres que aman; su sentido se pierde al brotar de la pluma...

Por otra parte, ¿qué valen las palabras al lado de este silencio tembloroso, de esos acentos mudos que tiene una sonrisa, ó que va á murmurar al fondo del corazón una mirada estática?...

Cármén continuó:

—«Vos decís muy bien, Gaston... En este instante, siento una especie de placer al evocar los recuerdos de mi infancia... Pero consiste en que soy dichosa en este instante... oh! muy dichosa!...

»Todo me sonríe... los días pasados de mi desgracia me recuerdan mis lágrimas amargas, para decirme: esas lágrimas no han de-

jado rastro... Los días del porvenir me ofrecen amor... felicidad, felicidad por todas partes, porque vos me amais...

» Aquella primera noche que pasé en París, fué muy cruel. Los días que se siguieron despues, pasaron muy parecidos á aquel'a primera noche.

» Vos érais muy joven en aquel tiempo. Sin embargo, tal vez os acordareis de una pobre muchacha con basquiña blanca, bordada de plata, y ajustada á la cintura por un corpiño negro.

» Todas las noches iba al *boulevard* del Temple, frente al café Turco. Colocaba en el suelo cuatro conchas, en cada una de las cuales brillaba una lamparilla. El espacio comprendido entre las cuatro conchas era su teatro.

» Aquella muchacha bailaba. Yo, bailaba, Gaston, yo bailaba hasta perder el aliento...

» Frecuentemente, durante el invierno, mis dedos amoratados no podían ya tocar las castañuelas.

» Y cuando mis castañuelas no hacían ya oír su vivo redoble, los transeuntes no se detenían. Y yo bailaba en vano delante de algunos pobres niños, transidos de frío como yo,

que se vengaban de su miseria mofándose de la mía...

» En Paris no hay caridad, Gaston. Paris arroja su oro por las ventanas, pero no sabe abrir su mano y dar con oportunidad el dinero de la limosna.

» En ninguna otra parte he visto un pueblo tan frío, y que sepa sonreirse tan bien al pasar junto á la desgracia que llora...

» El artesano que arrojaba alguna vez á mis pies una pobre moneda, acompañaba esta accion con un sarcasmo. Yo recogia mas insultos que socorros, y muy pocos tenian un alma bastante generosa para no desquitarse del beneficio que hacian, dirigiéndome una palabra obscena ó una caricia inmunda...

» Cuando me veia agoviada de cansancio y apagaba mis luces, algunos hombres con el sombrero hasta los ojos y con la capa hasta la boca, se acercaban á mí misteriosamente, y me enseñaban una moneda de oro...

» Otras veces. Os ponéis pálido, Gaston... Ah! quiero demostrares que podeis amarme sin escrúpulo, y que vuestra miseria es un lecho de rosas al lado de mi vergonzoso martirio!... Otras veces me seguian algunas viejas que me abordaban despues en cualquier encrucijada desierta. Estas mugeres me decian al oido tenebrosas palabras. Y malgasta-

ban la miel de su hipócrita elocuencia, en pintarme la degradacion con los colores mas brillantes...»

—Oh! eso es ya demasiado, demasiado... murmuró Gaston, combatido por mil emociones encontradas; oír eso... es morir!...

Cármén puso su mano sobre el corazon, y enderezando su frente radiante de serenidad y de orgullo.

—Gaston, dijo, la afrenta pululaba alrededor de mí, pero no llegó á tocarme nunca. Yo he pasado, firme, á lo largo del abismo que circunda el estrecho carril de la miseria. El corazon que os entrego es puro... y los colores que derrama en mi frente tan cruel recuerdo son de indignacion, y no en modo alguno de remordimiento...

Y Cármén decia verdad, porque su alma era tan pura como su hermoso cuerpo. Aquella muger á quien las leyes hubieran podido pedir cuenta de la sangre derramada por su mano, habia conservado intacta en medio de los azares de una vida novelesca, su blanca vestidura de virgen. Durante los dias de su amargura, habia rechazado enérgicamente los pérfidos consejos de la miseria. Mas tarde, al representar su doble y brillante papel en el gran mundo, habia jugado con el amor, tanto bajo la máscara elegante del

Marqués de Maillepré, como al ostentarse encantadora, incomparable, bajo el nombre que la habia dado el Barón de Roye.

Una sola vez habia latido su corazón al choque de un sentimiento nuevo para ella... Pero entonces, en su íntima creencia, sus vestidos de muger solo eran un disfraz...

Aun no se habia estremecido entonces al recuerdo del caprichoso canto de Jan Vohr. No se habia preguntado aun en las angustias ardientes de una noche de delirio: De qué color es mi alma?

Se quedó Gaston como desvanecido con el brillo que reflejaba aquella frente altanera y dulce á la vez. La admiraba... sí, admiraba á aquella muger al imaginársela infeliz... Aquella muger se engrandecía á sus ojos encantados, al contemplar toda la profundidad de su pasada miseria.

—Qué he hecho yo? dijo Gaston con el acento de una adoración ardiente, por qué me concede Dios tanta felicidad?.... Yo os imagino tan pura como hermosa... y los largos años de amargura que componen toda mi juventud, están harto compensados con vuestro amor...

Habiase inclinado hacia el borde de la cama: su cabeza se apoyaba sobre su mano; una estática sonrisa entreabría sus labios.

Miraba á Cármen como miran al cielo los que oran...

Cármen habia perdido el súbito entusiasmo que la habia exaltado un instante: lo que la faltaba que decir, la producía horror. Durante algunos segundos guardó silencio: estaba meditabunda y trataba de ocultar con una sonrisa la confusión y la inquietud de su espíritu...

Necesitaba mezclar en aquella relacion lo verdadero con lo falso. Tenia que dar una explicacion al cambio de su suerte, y ocultar los acontecimientos de aquella noche fatal en que se habia cumplido la doble prediccion...

Sus ojos, clavados en el suelo, se levantaron de repente con viveza y resolucion. Cármen habia tomado su partido.

—«Mas de una vez, dijo con una sangre fria que contrastaba admirablemente con su reciente animacion, mas de una vez habeis querido, al parecer, reprocharme el olvido en que dejaba á mi hermano.... Antes de deciros el modo con que un hombre generoso me hizo su hija y me dió su nombre en la última hora, por estender sus beneficios mas allá de la muerte, quiero hablaros de mi hermano... La historia de mi matrimonio será corta: las pocas palabras que voy á deciros la resumen

toda entera... El altar en que me arrodillé, era el lecho de un moribundo...

»Mi hermano... era un joven altanero, de carácter intratable, de voluntad caprichosa y soberbia... Ah! era verdaderamente hijo de esa raza maldita que funda su único placer en la guerra que declara á los demas hombres!...»

Cármén se detuvo. Su respiracion era oprimida y trabajosa. Parecia que estaba temerosa de continuar. Al llegar á aquella coyuntura que dividia en dos su vida, dedicando una mitad al Marqués de Maillepré, estaba dispuesta á mezclar entre las patrañas de su relato una especie de verdad simbólica.

Iba á atribuirse á sí, á Cármén, todo lo que en su esencia era puro y hermoso; y al Marqués los deseos insensatos, las locas temeridades y lo demas que habia sido como el viento agitador de su juventud. De este modo daba un cuerpo á los dos elementos que se habian disputado su alma.

Cármén era el bien; el Marqués era el mal...

Y como fuese preciso que ella se reconociera en la una y en la otra fase de esta doble pintura, su voz vaciló al trazar el retrato del Marqués, cuyos rasgos trataba de en-

dulzar, antes de eludir la confesion de su crimen...

«Mi hermano no estaba á mi lado frecuentemente, continuó sin embargo haciendo los mayores esfuerzos por parecer tranquila; iba á llegar á la adolescencia. Hubiera podido protegerme... Pero no entraba en su ánimo ayudarme en mi dolorosa tarea. No queria de ningun modo bailar conmigo en el boulevard del Temple.

»Otras eran sus ocupaciones. Habíase dedicado á servir á un miserable, llamado Burot, secretario de un noble Duque, cuyo nombre no es del caso, y se ocupaba en espiar la conducta de madama la Duquesa.

»Era curioso y haragan. Aquella vida dedicada á la intriga y á otras bajezas no le repugnaba.

»En aquella ocupacion vió cosas estrañas. Su espionaje le conducia algunas veces á esos sitios notados como infames, en donde la presencia de una muger elegante y del gran mundo es tan inverosímil, que puede muy bien pasar por la mente de ciertas damas la idea de escojerlos con preferencia para sepultar mas profundamente su secreto. La Duquesa de quien os hablo, perseguida por las sospechas de su marido, tomaba los vestidos de su doncella, y tenia sus citas en un gabi-

netito subterráneo de la calle de Beaujolais, en el Palais-Royal, que era una dependencia de la cueva del Salvaje.

»Mi hermano descubrió esto y otras muchas cosas; penetró los infames misterios del Palais-Royal, y allí fué donde una noche se encontró en su camino el título que lleva hoy...

La espresion de amor que se pintaba en el rostro de Gaston, desapareció, como por encanto, á estas últimas palabras. En sus ojos apareció una nube sombría.

—El título de Marqués de Maillepré? preguntó con tono de impaciencia.

—El título de Marqués de Maillepré, respondió la Baronesa.

Despues continuó, bajando los ojos para recordar mejor, pero en realidad por huir la mirada incisiva de Gaston:

—Esto era la noche del martes gordo de 1826....

—La noche de la muerte de mi padre! murmuró Gaston, en cuyas facciones apareció un velo de tristeza sombría y amarga...

Cármén no le oyó.

—Mi hermano, continuó esta, se hallaba en el Palais-Royal buscando por orden de M. Burot á madama la Duquesa, de quien

sabia aquel que estaba entre la multitud, disfrazada de máscara, y del brazo con su amante....

»Mi hermano la buscó por mucho tiempo entre la espesa muchedumbre. Pero la careta dá el mismo semblante á todas las mugeres. Mi hermano se fatigó en valde.

»Cuando ya iba á retirarse, vió en una de las galerías á un hombre embozado en una ancha capa, en quien reconoció al Duque.

»Mi hermano se hallaba en esa edad en que todo cede al placer de enredar una travesura. Creyó naturalmente que el Duque mismo andaba tambien espiando á su muger, y le siguió.

»Yo no sé como sucedió esto, pero lo cierto es que mi hermano y el Duque se hablaron. M. el Duque no estaba allí para acechar los pasos de su muger.

»Habia en el jardin un hombre confundido entre la muchedumbre, un hombre de trage extranjero, que se hallaba ya muy cerca de la edad madura. Mi hermano tardó poco tiempo en conocer que aquel hombre era el punto de mira de las pesquisas de M. el Duque.

»Yo no puedo referiros detalladamente todas estas cosas, Gaston... mis recuerdos es-

tán algo confusos... Hace siete años que he procurado olvidarlo todo, porque aquella fué una accion criminal, y porque el culpable era mi hermano. Lo único que puedo deciros es que el estrangero llevaba sobre sí ciertos papeles que M. el Duque hubiera pagado al precio de la mitad de su inmensa fortuna...

—Señora, interrumpió Gaston con voz alterada, cuál era el nombre de ese Duque?

Y dirigió á la Baronesa una mirada penetrante.

Esta tenía los ojos bajos. Nada respondió á la pregunta de Gaston.

«Mi hermano y el Duque, continuó, tuvieron una larga conversacion, en consecuencia de la cual mi hermano desapareció, para volver al punto disfrazado con los vestidos de una muger... Ya sabeis, Gaston, cuán parecido es á mí... Entonces tenía diez y seis años. La ilusion debia ser completa, y nadie hubiera podido apercibirse de semejante supercheria.

»Mi hermano se habia convertido en una muger, una muger joven, hermosa y perfectamente adornada...

»En aquella noche de locura, circulaba la embriaguez por las venas de todos....

Vos no sabeis acaso lo que era entonces el Palais-Royal...

—Allí estaba yo, señora, en esa misma noche, dijo Gaston con voz cóncava y sorda; lo sé... oh! lo sé, y me acuerdo bien!...

—Todo era lícito, continuó la Baronesa, nada causaba extrañeza... Mi hermano, con su brillante tocado femenino, tomó el brazo del extranjero... Qué sucedió despues?...

Dos gotas de sudor brillaban en las sienes de Cármen.

Gaston se inclinaba hasta salirse casi fuera de la cama; su respiracion oprimida silbaba dentro de su pecho.

—Qué sucedió, señora?... pronunció el joven con un esfuerzo; oh! por piedad, decídmelo, si lo sabeis!...

Las pestañas de Cármen se estremecieron; la sangre se agolpó violentamente á sus mejillas, sus ojos no se levantaron del suelo.

—No sé... murmuró ella; pero á la mañana siguiente, mi hermano tenia en su poder los papeles del extranjero... á la mañana siguiente trocó nuestra pobre morada por una suntuosa habitacion... Tuvo un carruaje, criados... y M. el Duque le llamó su primo...

Gaston se enderezó sobre su almohada; y asiendo el brazo de la Baronesa, que apre-

tó con la energía de la fiebre.

—Ese Duque, dijo con acento entrecortado y confuso, era M. de Compans-Maillepré...

Los ojos de Cármen parecían como oprimidos por un peso de plomo. Su semblante, cubierto alternativamente de colores lívidos y arrebatados, hacia traición á su emoción profunda.

A las últimas palabras de Gaston, espantada del eco de aquella voz que no reconocía ya, Cármen alzó al fin los ojos. Y quedóse como estupefacta al contemplar el cambio mortal que se había obrado en las facciones del herido...

—Qué teneis? murmuró ella con ese acento tímido que parece adivinar la respuesta.

Los ojos fijos de Gaston se iluminaron con un resplandor fugitivo.

—Señora, dijo con lentitud casi solemne, en esa noche de carnaval, yo estaba de rodillas junto al lecho de mi padre moribundo... Mi padre esperaba, como se espera la salvacion, esos papeles robados por vuestro hermano. Al exalar su último suspiro, porque murió aquella misma noche, señora! llamaba á ese hombre á quien vuestro hermano estraviaba lejos de su deber.....

Ah! me habeis preguntado mi secreto muchas veces... Fuerza será que os le confie, porque de otra manera, estallaría dentro de mi corazon..... Señora, vuestro hermano asesinó á mi padre..... El ha sumido en lo mas profundo de su humillacion á mi familia que iba á elevarse ya... Yo soy el Marqués de Maillepré!...



Del gabinete á la antecámara.

Esta revelacion no era inesperada.

La Baronesa lo habia adivinado todo y ciertamente, cuál otra podia ser la causa del odio encarnizado de Gaston contra el falso Marqués de Maillepré?...

Pero la Baronesa habia dudado todo el tiempo que habia podido conservar la probabilidad de sus dudas, porque la realidad llenaba su corazon de espantosos remordimientos...

Y aquella maldicion que el herido lanzaba

contra su pretendido hermano, recayó sobre ella misma, hiriéndola con la fuerza del rayo. Porque era á ella, á ella sola á quien Gaston acusaba, sin saberlo, de la muerte de su padre, y de la ruina de su familia toda.

El hombre á quien amaba ella sobre todo el mundo, el hombre que habia despertado su corazon, y cuya mirada acababa de transformar su fria tranquilidad en una pasion tierna y profunda, este hombre sufria, huérfano, pobre y humillado. Y luchaba, desgarrado por el recuerdo de la opulencia poderosa de sus mayores, contra su presente miseria. Y se moria lentamente víctima de ese mal, que agrava la tristeza desalentada y fria. Y era ella, Cármen, la que habia causado aquella desventura!...

La existencia de Gaston flaqueaba herida por la puñalada de la *hospederia del Salvaje*.....

Cármen se levantó, y quedóse de pié con los brazos cruzados sobre el pecho.

El libro movable de su fisonomía desarrollaba rápidamente sus páginas, en las que se reflejaba toda la exaltacion enérgica de aquella alma violenta!...

Habia en la mirada de Cármen, que ora brillaba altiva, ora irritada, habia una expresion de desaliento, de delirio, y de odio in-

menso contra si misma.

No hablaba...

Agoviado Gaston por el esfuerzo que acababa de hacer, se habia dejado caer sobre la almohada. Su frente estaba pálida, y en el mayor desórden sus cabellos. Los pliegues de su camisa aparecian enrojecidos hacia los hombros. Era un reflejo del vendaje ensangrentado que se distinguia á través de la tela, alrededor de su herida.

Habia cerrado los ojos con desfallecimiento. Sus pestañas contraídas, y la agitacion lenta de sus labios revelaban un sentimiento de profunda amargura. Cármen le contempló por espacio de algunos minutos. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas abrasadas. Cubrióse el rostro con las manos, y su pecho dolorosamente agitado rompió en sollozos desgarradores...

Gaston abrió los ojos para volverlos á cerrar al instante. Despues volvió la cabeza hacia el otro lado de la cama.

Cármen, lacerada, se dejó caer de rodillas.

—Oh! Gaston! Gaston!... dijo; ya no podeis amarme!...

A este grito suplicante respondió el silencio.

Cármen repuso, en medio de sus lágrimas:

—Gaston, os pido una palabra de compasión... una sola palabra!.... Si supiérais cuánto sufro!...

El mismo silencio....

Cármén juntó sus manos, y elevólas hacia el cielo.

—Dios mio! murmuró, no me castigéis en su amor... Gaston!... oh! Gaston!.... piedad!...

Siempre el silencio...

Los ojos de la Baronesa se estraviaron errantes; inclinó sus manos juntas sobre la cama, escondió entre las guarniciones su rostro bañado de lágrimas. Todo su cuerpo estaba estremecido con las convulsiones de una angustia intolerable...

La muger poderosa se humillaba aun mas allá de lo que se hubiera humillado una muger vulgar, se hallaba oprimida por una violenta desesperacion...

Ya no tenia ni fuerzas ni valor. A dónde estaba entonces su firme voluntad?

Mas débil que un niño, ya no contaba mas que sus lágrimas y sus gemidos. Estaba dominada. Su alma fallecia. La habia faltado la palabra. Hallábase ya inerte bajo el peso de su horrible tortura...

En medio del silencio, solo se sentia el ruido de sus sollozos que se iban debilitan-

do... Luego, al cabo de algunos minutos, á este ruido cada vez mas sordo, se unió el silbido penoso de la respiracion del herido.

Gaston se ajitó entre las guarniciones de su lecho. Su pecho ahogado buscaba aire, porque la amargura de su furor se fundia en una emocion de distinta naturaleza.

Los sollozos de Carmen iban á desgarrar su corazon.

Volvióse bruscamente hácia ella. Tambien él tenia los ojos cubiertos de lágrimas.

Vió á Carmen abismada en su profundo dolor. Atrájola dulcemente á sí, y besó sus cabellos.

Ya no se oyeron los sollozos de Carmen. Pero no se incorporó ella inmediatamente; se hubiera dicho que estaba saboreando aquella caricia tan deliciosa como inesperada.

Cuando se levantó al fin, arrojando hácia atrás sus bucles mezclados en desórden sobre su semblante, una espresion de gratitud aparecia dulcemente á través de sus lágrimas.

— Gracias! murmuró.

Y como viese todavia el amor pintado en el rostro de Gaston, sintió su alma consolada; saltó su corazon enviando sangre á sus mejillas, y un brillo suave y encantador á su

magnífica hermosura.

Sus lágrimas se habían secado, dejando sin embargo una dulce humedad en sus pestañas de seda.

Solo quedaba ya en aquellas facciones una divina languidez, nuevo encanto que la aseguraba mas y mas su adoracion.

—Yo... yo soy quien debe pedir os perdon, señora, dijo el herido, en quien el amor renaciente combatia aun con un resto de frialdad; por qué he de reprocharos á vos las faltas de vuestro hermano?... Pero si supiérais cuán lentos y crueles han sido estos siete años que se han seguido á la pérdida de nuestra esperanza!..

Sus ojos se alejaron de Cármen para errar distraídos y sin direccion por la alcoba débilmente iluminada. Dirigióse á ella, y estaba hablándose á sí mismo.

—Si vos nos hubiérais visto, continuó, alrededor del lecho de muerte de mi padre, esperando al hombre que no debia venir!... En aquella época hacia ya largo tiempo que duraba nuestra miseria... Mis hermanas y yo, habíamos crecido en la indigencia, bajo el techo de un digno criado que nos daba limosna, llamándonos sus señores... Arrojados de este asilo por la perfidia implacable del usurpador de nuestro nombre, habíamos acu-

dido á la justicia, y podíamos esperar aun un lugar entre los iguales á nuestros abuelos... La esperanza, señora, la esperanza!... esa última luz que clareaba nuestra noche!... y vuestro hermano ha sido quien nos arrebató la esperanza!...

Animábase por grados, dejándose llevar del sentimiento rencoroso que le inspiraban sus recuerdos, y no reparaba en que estaba redoblando de nuevo el martirio de la Baronesa. Esta guardaba silencio, y se estremecía midiendo todas las consecuencias de su crimen. La angustia que desgarraba su corazón, no era tanto, fuerza es decirlo, un remordimiento, como el dolor de haber atentado ciegamente á la felicidad del hombre á quien amaba.

Dominada por el convencimiento del mal que habia causado, no trataba siquiera de disculparse.

Mas de una vez, impelida por su arrepentimiento, habia estado á punto de hincarse de rodillas y decirle:

—Yo, yo sola soy la culpable!

Porque el amor, por otra parte, sellaba tambien sus labios. Cómo habia de tener valor para condenarse al odio de Gaston?...

Este, preocupado por sus recuerdos, recorría los últimos momentos de su padre, á quien

Dios habia rehusado todo consuelo á la hora de su muerte; pintaba la juventud de sus hermanas reducidas á trabajar por un salario; su juventud misma, tan triste, tan diferente de la dorada adolescencia de sus abuelos.

Y en tanto que hablaba de estas oscuras miserias, no reparaba ya en la Baronesa, porque es propiedad de las quejas el exaltarse á sí mismas concentrándose en giros egoistas.

—Odio adivinado! repuso en fin, cada vez mas absorto. Yo ignoraba todo lo que habia hecho ese hombre, pero solo al escuchar el nombre de que se apoderaba infamemente, mi corazon se lanzó contra él... No le veía, y buscaba medios de figurarme su rostro, porque deseaba tener alguna cosa material que aborrecer y maldecir... Un rostro de muger en un cuerpo de niño!... La hermosura de un ángel, ocultando el alma de un malvado miserable. Esto es lo que he visto despues... Y ese niño me ha vencido, me ha dominado... Creo que me ha perdonado la vida!...

Gaston pasó el envés de su mano por su frente que queria estallar.

—Ah! exclamó despues en un transporte repentino de fiebre; si Dios hubiera concedido el brazo de un hombre al último de los Maillepré, ese miserable habria muerto, y

yo le hubiera arrancado el nombre de mi padre!

—Ojalá que fuese así! murmuró Cármen.

Estas palabras murmuradas entre un suspiro, llegaron confusas á los oídos de Gaston. Este no las comprendió precisamente, pero despertó de su furioso desvarío.

—Perdon, señora, dijo volviéndose hacia ella; perdon, Cármen!... mi cabeza está muy débil, y no echo de ver que mis palabras rencorosas deben haceros sufrir...

Ah! Gaston, murmuró la Baronesa, tenéis razones para aborrecer!...

Aquella voz que resonaba dulce y resignada en unos labios tan hermosos, enterneció el corazón del herido. Este tomó la mano de Cármen y la besó.

—No tengo por ventura mas razones aun para amaros?..... preguntó; deseo olvidar estos funestos recuerdos en adelante..... Me esforzaré a conseguirlo..... Quiero pensar siempre en vos, y nada mas que en vos.

Fijó Cármen en Gaston una mirada tranquila y segura en medio de su tristeza.

—Sois bueno, dijo ella; sois generoso... yo os doy gracias desde el fondo de mi corazón... pero es fuerza que hablemos todavía de mi hermano.

—Por qué? preguntó Gaston asombrado; colocada entre nosotros dos, vos debeis hallaros indecisa, y sufriendo mucho...

—A vos solo amo en el mundo, interrumpió Cármen, cuyo acento grave y recojido espresaba bien la profunda abnegación de su ternura; os amo mas que á mi hermano... mas que á mí misma!...

Guardó silencio durante algunos segundos... Sus hermosos ojos fijos todavia sobre Gaston, reflejaban un olvido absoluto de todo lo que no fuese su amor...

—Esos papeles que robó mi hermano... continuó en voz baja, deben estar sin duda en su poder..... Entre él y vos no puedo vacilar..... Esos papeles son vuestra felicidad!

—Qué! señora!... balbuceó Gaston con una especie de espanto.

Cármen dejó ver en sus labios una sonrisa maternal.

—Seré yo tan feliz contemplando vuestra felicidad! dijo ella; y luego, acordaos de nuestra Santa, tan dulce, tan bonita, y á quien yo amo ya con toda la ternura que vos abrigais hácia ella...

—Pobre Santa!... murmuró Gaston con un suspiro.

—Es necesario que ella viva dichosa, repu-

so Cármen; dichosa con vos, y que vuestros placeres sean iguales á vuestros pasados dolores... El culpable será despojado: esto no es mas que justicia... Gaston, voy á devolveros la herencia de Maillepre...

.....

.....

Tenia lugar esta conversacion en el fondo de la casa número 4, de la calle de Castiglione.

Dos hombres acababan de ser introducidos casi al mismo tiempo, por otro lado, en la morada de la Baronesa. Aquellos dos hombres estaban haciendo antesala.

Era el uno Denisart, que despues de doscientas visitas infructuosas, veía al fin coronada su asiduidad y obstinacion, y el otro era Roby, que mas afortunado, era recibido á su tercera tentativa. Lo cual prueba seguramente que la vida es un juego, y que la ciega casualidad rije el destino de los pretendientes.

Porque Denisart y Roby iban á hacer alli el papel de pretendientes ó cosa parecida.

Roby se presentaba á explorar el terreno, á ver si madama la Baronesa queria abrir la mano y dejar caer sobre su persona algunas larguezas.

Era Roby esccesivamente vanidoso, pero no

tenia orgullo: habíase ejercitado en muchas y diferentes ocupaciones; habia recorrido muchas tierras. Su orgullo habia llegado á gastarse con los mil encontrones de su vida aventurera.

Habia sido orgulloso en otro tiempo, en el tiempo en que presumia de poeta; pero el infeliz habia sido tambien actor, y le habian silbado. Habia desempeñado algunas comisiones por las provincias; y le habian puesto despues á la puerta de la calle. Tenia muy pocas necesidades, aunque malgastaba siempre mucho, porque jamás se inquietaba por el dia siguiente.

Reirse cuando llegaba la ocasion, pasar el dia en el *estaminet*, con el taco en la mano, haciendo alrededor del villar castillos en el aire, fundándose para ello en su cartera literaria ó en las maravillosas máquinas que inventaba por docenas... tal era su vocacion.

A no haberse comido tan de prisa en otro tiempo las tres mil libras de renta de su patrimonio, Roby hubiera llegado á ser á estas horas, en que nosotros le encontramos, un ciudadano hábil para jugar á los cientos, para hacer vercecitos de pié quebrado, y sobre todo muy querido y estimado de su vecindad. Pero se habia comido su patrimonio...

De vuelta á París, despues de una larga

ausencia, no habia traído por cierto de las provincias grandes ahorros.

Su haber se componia de un voluminoso legajo lleno de líneas geométricas, en que tenia el croquis de una docena de máquinas, la menor de las cuales valia por lo menos tres millones; y otro legajo además que contenia el fruto de su musa, comedias, tragedias, &c., &c., &c., cuyo precio era de todo punto incalculable.

Máquinas y dramas, regateando un poco, se hubieran podido adquirir por veinte francos.

Pero Roby no habia tenido jamás ocasion de hacer tan extraordinaria rebaja. Nadie, al parecer, deseaba la posesion de su tesoro.

Desde su regreso á París, vivandeaba ganando aqui y alla en los villares el dinero que acababa de tomar á préstamo afianzando con todos los bienes que le debia la fortuna.

Era uno de los concurrentes al estaminet de la Opera. M. Burot le habia encontrado y admirado mucho, á fuer de hombre conocedor, la elegancia superior de sus dobles y de sus recodos. Una carambola habia acabado de conciliar á Roby la ternura de M. Burot.

Roby y M. Burot eran amigos, y este último se habia servido de aquel con éxito en cier-

ta circunstancia muy arriesgada...

Por lo que atañe á Denisart, solo habia conservado un recuerdo confuso de la escena nocturna de la hospederia del Salvage. Las conversaciones que habia tenido al dia siguiente y los posteriores con sus cuatro comensales habian contribuido á confundirle mas y mas. El terror que le habia dominado aquella noche, unido á su estado de embriaguez profunda, solo dejaba en su memoria una mezcla extravagante y desordenada de que él mismo no podia darse cuenta.

Pero habia llegado á comprender que se habia cometido un asesinato, y que una complicidad misteriosa le unia, lo mismo que á sus compañeros, á una muger que era sin duda una gran señora.

Desde entonces habia buscado á Cármen con la paciencia infatigable que era propia de su natural.

Una vez habia logrado encontrarla; Cármen se llamaba ya entonces madama la Baronesa de Rove. A la vista de Denisart la Baronesa no se habia tomado el trabajo de disimular su disgusto. No habia aguardado explicacion ni demanda, y antes que Denisart hubie-ra abierto la boca, ella le habia puesto ya en las manos dos billetes de á mil francos, diciéndole con aspereza: «dejadme.»

Habia conservado Denisart un recuerdo religioso de aquel acontecimiento; se enterne-
 cía siempre que pensaba en ello. Portarse con
 él de aquella manera, era buscar el camino
 mas derecho para introducirse en su corazon.

Con aquellos dos mil francos, habia he-
 cho imprimir su folleto, y le habia dado á
 luz pública. Pero en el esceso de su entusias-
 mo por las monedas de dos sueldos de las
 clases pobres, Denisart no habia calculado con-
 convenientemente el calor de su estilo. El pensa-
 miento de aquellos cincuenta mil francos, para
 completar los cuales solo se necesitaba en suma
 un mezquino millon de sueldos, habia exaltado
 su númen hasta el delirio.

No tuvo siquiera tiempo de ver el efecto
 producido por sus predicaciones filantrópicas.
 El procurador del rey fue por una fatalidad á
 intercalar su prosa civil entre las ondas de
 aquel mar de poesía. Denisart fue una victima
 desventurada del poder.

Despues de aquel suceso, aleccionado ya
 por la esperiencia, y reducido á llorar sin tre-
 gua sus dos mil francos perdidos, habia dado
 mil vueltas á su pensamiento, le habia torci-
 do y retorcido de mil maneras, buscando en
 su apretado mangin un camino para condu-
 cir á su pobre boardilla aquel millon de suel-
 dos que el pueblo le debia.

Habia perseguido sin descanso á la Baronesa, cuya generosidad era la mas clara y brillante de sus esperanzas. Pero Denisart estaba muy lejos de participar de las buenas relaciones establecidas entre Cármen, ya rica, y tres de los convidados de la hospederia del *Salvage*.

Roby se habia visto tambien fuera del círculo de estas relaciones: ambos ignoraban completamente la doble existencia de Cármen.

En consecuencia, Denisart solo podia buscarla bajo el nombre de la Baronesa, al paso que el Marqués de Maillepré ocupaba las cinco sextas partes de la vida de Cármen.

Denisart encontró siempre la puerta cerrada; se irritaba sobre manera con esta contrariedad, pero era para sus adentros. Exteriormente, siempre mostraba su obsequiosa sonrisa, saludando humildosamente al criado que le ponía de patitas en la calle.

Aquella mañana, Roby y él habian sido introducidos casi al mismo tiempo. Denisart habia visto en fin abrirse aquella puerta, siempre cerrada para él, con un verdadero transporte de júbilo: sus ojos encendidos se habian representado incontinentemente las amadas viñetas de los billetes de banco; sus dedos se habian

estremecido al contacto imaginario de aquel papelito suave y transparente, que no tiene de seguro menos encanto que el oro.

Roby se hallaba ya en un rincón de la antesala; Denisart se sentó al otro extremo: hacia ya seis años que no se habían visto los dos...

Sin embargo, á la primera ojeada, Roby había reconocido el feo semblante del escritor.

Este, que nunca miraba á la gente mas que de soslayo y como á hurtadillas, tardó mas tiempo en reunir sus recuerdos. Cuando su mirada cautelosa se encontró con la de su antiguo camarada, ya reconocido, Denisart hizo un gesto de disgusto, porque adivinaba en él un rival.

Roby soltó una carcajada.

—Ah! Denisart, Denisart! dijo aquel levantándose y atravesando la antesala; estás todavía mas feo que otras veces.

Denisart hizo un esfuerzo para sonreirse.

—Qué vienes á hacer tú aquí? preguntó el escritor á su amigo.

Roby se arrellanó en el banco y tomó esa actitud negligente que, en las convenciones teatrales, expresa mal ó bien la fatuidad.

—Yo, hijo mio, respondió Roby, vengo á visitar á esta pobre Baronesa... hace ya un si-

glo que no he tenido el gusto de besarla la mano.

La conoces mucho? preguntó Denisart.

—Muchísimo! muchísimo... La conozco enormemente, hijo mio... Como que es tanta la franqueza que hay entre nosotros que yo no me pico ya, como estás viendo, por hacer antesala en su casa.

FIN DEL TOMO QUINTO.

